

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

103

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

103



AÑO XI
SEGUNDA EPOCA

1951

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

Director: PEDRO ROCAMORA

NUMERO
REDACCION Y ADMINISTRACION:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IX AÑO
SEGUNDA EPOCA

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

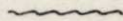
Angel J. Battistessa: PAUL CLAUDEL: SU CONVERSION
RELIGIOSA Y SU VIDA

Miguel Herrero García: LA PSEUDO-HIJA DE CERVANTES

Luis Araújo Costa: EL DERECHO A LA INSTRUCCION,
NECESIDAD DE LOS ESTADOS

José Sanz y Díaz: UBEDA Y SUS GENTES

HECHOS



EXPOSICION MISIONAL DE ARTE SACRO

EN SEVILLA SE INAUGURA EL NUEVO INSTITUTO
FEMENINO «MURILLO»

VII FERIA NACIONAL DEL LIBRO EN LA CASTELLANA

LA GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATOLICA AL DIRECTOR
DEL COLEGIO MAYOR DE SAN PABLO

NOTAS DE LIBROS

This is Russia, por Stevens Edmund, Ed. Didier. New York, 1950.
200 páginas.

Stalin & C.º, The Politburó. The men who run Russia, por Walter
Duranty.—William Sloane Associates. New York, 1950. 261 págs.

Brodie-Davis-Du Bois. «South Asia in the world today, por Phil-
lips Talbot.—Chicago, 1950. 254 páginas.

Korea Today, por McCune, George M.—Harvard University Press.
Cambridge, 1950. 372 páginas.

Alfonso V de Aragón en Italia y la crisis religiosa del siglo XV,
por José Ametller.—Tres tomos en 4.º mayor, 541, 700 y 864
páginas.

*Características fisiográfico-geológicas del antiguo Señorío de Moli-
na*, por José Sanz Díaz.—Publicaciones de la Real Sociedad
Geográfica.—Madrid.

Capullos en flor, por Fr. Juan Bautista Gomis. Prólogo de José
María Pemán.—Madrid.

Antología espiritual de San Antonio de Padua, por el P. Juan
Bautista Gomis, O. F. M.—Editorial Vilamala.—Barcelona.

*El compositor Iriarte y El cultivo español del melólogo (melodra-
ma)*, II volumen, por José Subirá.—Consejo Superior de Inves-
tigaciones Científicas.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

EL Ateneo de Madrid ha realizado en el curso de 1950-51 una labor tan intensa como fecunda, en la que se han manifestado por completo las diversas actividades de España en el orden cultural.

En la cumplida serie de conferencias —casi una por día de noviembre a junio— han tomado parte ilustres pensadores y literatos extranjeros y nacionales, con aportaciones valiosas al acervo de la cultura hispánica y universal.

La moda del existencialismo ha traído a la tribuna del Ateneo la figura de Gabriel Marcel, encargado de inaugurar el curso, el cual, en una disertación nutrida y erudita, informó a los oyentes de lo que representa el existencialismo en la vida, en la filosofía, en la novela y en el teatro. La teoría —tan vieja como el mundo y ya latente en los sistemas respectivos de Parménides y Heráclito y en las discusiones escolásticas sobre la distinción entre la esencia y la existencia— puede amoldarse al catolicismo, y esto es lo que procuran Gabriel Marcel y sus adeptos. En cambio, el Obispo Rector del Instituto Católico de París, Monseñor Emile Blanchet, en su conferencia de primero de mayo de 1951, quitó toda importancia a los grupos existencialistas que pululan en París por los alrededores de Saint Germain des Près para proclamar como la verdadera cultura francesa sigue siendo fiel a la Iglesia de Cristo y

al culto de la razón que introdujo Descartes en la misma entraña del clasicismo francés.

El mundo moderno trabaja activamente en las diversas manifestaciones de la ciencia, incluyendo, como es natural, en esta palabra las ciencias filosóficas y las morales y políticas. El Ateneo, atento a las palpitaciones de la juventud y la madurez, ha desarrollado un conjunto armónico de muy varios aspectos culturales en las especulaciones de la filosofía, en la introspección de artistas y críticos, en el terreno curioso y divertido de la anécdota, en las preocupaciones de una determinada circunstancia, en la armonía y discrepancia de lo viejo y lo nuevo, en la misma psicología personal de quien produce una novela, una pieza de teatro, una investigación de historia, literatura y profundos pensamientos muy enraizados en el ser del hombre. El valor hombre, ha ocupado el primer plano en algunos ciclos culturales desarrollados en el Ateneo durante el curso de 1950-51. La juventud actual se preocupa de menesteres de la integridad humana con mayor acuidad, interés y esfuerzo que en ideas y doctrinas. Santo Tomás vence a las escuelas trascendentales de Alemania, y la frase de Ortega "yo y mi circunstancia", desplaza en muchos terrenos a la Idea, con mayúscula, de Hegel. En el Ateneo muchos escritores han hablado de sí mismos, han desmontado el mecanismo de su producción diaria, han buceado en las raíces psicológicas de lo que llegaba por inspiración a su mente y han puesto a la vista de todos aspectos originales sobre el progreso de la creación en el horizonte de la literatura.

La alta política internacional o de gentes, como dice Fray Francisco de Vitoria, se ha ofrecido, según el modo de pensar actual, en luminosas disertaciones de catedráticos y juristas muy competentes en las materias que trataban. No se ha descuidado la filología, ni la mena historia que nos dice con documentos, que Felipe II amaba las flores, ni la aviación, ni el regionalismo, ni los vales que fueron una avanzada y una suave y deliciosa irrupción del concepto Europa hacia los Cárpatos y los Urales. Dos ilustres

damas, la condesa de Fels, en el tema del Vals, y la profesora Pía Laviosa Zambotti, en el capítulo de lo que ha de ser la política europea en concordancia con la geografía y la historia, pusieron en su punto muchas ideas que corren por ahí, a veces sin ordenar, y sin que vayan sometidas a un criterio de estética y de lógica.

Hay todavía en la vida cultural del Ateneo los conciertos, los recitales de danza, las exposiciones.

Los primeros, han tomado ya carta de naturaleza en la vida social de Madrid. Sean ilustraciones valiosas o comentarios musicológicos, sean interpretaciones sin explicación crítica de obras o repertorio de audacias modernas, el público afluye a nuestra sala con la misma emoción e idéntico interés que a las fiestas de otras entidades y agrupaciones de música. Entre noviembre de 1950 y junio de 1951, han musicalizado el ambiente del Ateneo la Orquesta Ibérica de Madrid, la Orquesta de Cámara de Madrid, el Cuarteto Clásico, los Madrigalistas españoles y una serie bien cumplida de cantantes y virtuosos del piano, el violoncello y la guitarra, sin olvidar el ciclo de las conferencias-conciertos sobre el Lieder y las canciones con ejemplos en castellano, vascuence, catalán, francés, alemán e italiano. Los conciertos y recitales de danza convierten la sala del Ateneo en un lugar de "bonne compagnie", en el que harían falta, además de los críticos de música, los cronistas de sociedad.

Tal es el resumen de la empresa de cultura y de arte realizada durante este curso en la cátedra intelectual más popular de España.

PAUL CLAUDEL: SU CONVERSIÓN RELIGIOSA Y SU VIDA

Por ANGEL J. BATTISTESSA

VILLENUEVE-SUR-FERE, en Tardenois, es una aldehuela francesa de sólo trescientos habitantes, fuerte y graciosamente asentada en el departamento del Aisne. Altas y rojas, las techumbres lugareñas se encrestan en las granjas. Aparte ciertas asperezas, los alrededores son bellísimos, y, atapizadas sobre la profusión minuciosa de las arboledas, Compiègne y Rambouillet espacian sus parques o diseñan la pura armonía de sus palacios.

En este marco, no menos ajardinado que aldeano, el 6 de agosto de 1868 nació Paul-Louis-Charles-Marie Claudel. En la misma Villeneuve o en los campos y las ciudades vecinas transcurrieron sus años de niño. Su padre era conservador de bienes rurales, y el futuro poeta se recreó frecuentemente en las eglógicas caminatas paternas. La fuerza raigal que pronto había de manifestarse en sus actitudes y que tanto pujaría luego en muchos aspectos de su obra, apuntó en él desde entonces. «Quien ha mordido la tierra—previene el propio escritor—, conserva el gusto entre los dientes.»

El animoso muchacho tenía ya catorce años cuando toda la familia Claudel se trasladó a París. Su hermana Camila inició estu-

dios de escultura con Rodín, y él, Pablo, ingresó en el liceo Louis-le-Grand. Un entusiasta de las doctas arideces kantianas, M. Burdeau, fué su profesor de Filosofía y marcó una etapa de escepticismo, pronto superada, en la vida espiritual del adolescente.

Claudiel no tardó en proseguir sus estudios en la Escuela de Derecho y en la de Ciencias Políticas. En esto estaba cuando se produjo un episodio que sólo sus palabras —aunque sea mirándolas al castellano— pueden comentar circunstancialmente. Para Charles du Bos, esas palabras integran un texto único en todo orden de literatura. «En no más de nueve páginas, con una objetividad abrupta que nunca se detenta cuando se habla de sí mismo, un hombre relata el principal acontecimiento de su vida. ¿Lo relata? No. Lo asienta frente a nosotros como un bloque macizo, inamovible, incontrastable, que no se deja dar vuelta, que sólo es dado afrontar o rehuir.»

Afrontémoslo, y que sea en buena hora.

«... Mi conversión se produjo el 25 de diciembre de 1886. Yo tenía, pues, dieciocho años. Pero en ese momento el desarrollo de mi carácter estaba ya muy avanzado. Aunque relacionada por ambas partes con núcleos de personas devotas que han dado varios sacerdotes a la Iglesia, mi familia era indiferente, y después de nuestro arribo a París se volvió francamente ajena a las cosas de la fe. Antes de entonces yo había hecho una buena primera comunión, que, como para la mayor parte de los jóvenes, fué a la vez el coronamiento y el término de mis prácticas religiosas. He sido educado, o más bien instruído, primero por un profesor libre, luego en colegios laicos de provincia, y por último, en el liceo Louis-le-Grand. Desde mi entrada en ese establecimiento había perdido la fe, que me parecía inconciliable con la pluralidad de los mundos (!!!). La lectura de la *Vie de Jésus*, de Renan, procuró nuevos pretextos a este cambio de convicciones, que todo, por otra parte, facilitaba o estimulaba a mi alrededor. Recuérdese aquellos tristes años del ochenta, la época de la plena expansión de la literatura naturalista. Nunca el yugo de la materia pareció mejor afirmado. Todo lo que tenía un nombre en el arte, la ciencia y la lite-

ratura, era irreligioso. Todos los supuestos grandes hombres de ese siglo, ya en su postrimería, se habían distinguido particularmente por su hostilidad hacia la Iglesia. Renan reinaba. Presidió la última distribución de premios del liceo Louis-le-Grand, a la que asistí, y me parece que fuí laureado por sus manos. Víctor Hugo acababa de desaparecer en una apoteosis. A los dieciocho años yo creía, en consecuencia, lo que creía la mayor parte de las personas entonces llamadas cultas. La recia idea de lo individual y de lo concreto estaba oscurecida en mí. Aceptaba la hipótesis monista y mecanicista en todo su rigor; creía que todo estaba sometido a las «leyes» y que este mundo era un firme encadenamiento de causas y efectos que la ciencia iba a desenredar perfectamente de un día para otro. Todo esto, por otra parte, me parecía muy triste y muy aburrido. En cuanto a la idea del deber kantiano, que nos presentaba mi profesor de Filosofía, M. Burdeau, nunca me fué posible digerirla. Por lo demás, vivía inmoralmente, y poco a poco me sumía en un estado de desesperación. La muerte de mi abuelo, a quien había visto durante largos meses roído por un cáncer al estómago, me había inspirado un profundo terror y la idea de la muerte no me abandonaba. Había olvidado completamente la religión y me comportaba a su respecto con una ignorancia salvaje. La primera vislumbre de verdad me fué dada por el encuentro de los libros de un gran poeta, al que debo un eterno reconocimiento y que ha tenido en la formación de mi pensamiento una parte preponderante: Arthur Rimbaud. La lectura de *Illuminations*; luego, algunos meses después, la de *Une Saison en Enfer*, fué para mí un acontecimiento capital. Por primera vez, estos libros abrían una fisura en mi cárcel materialista y me daban la impresión viviente y casi física de lo sobrenatural. Pero mi estado habitual de asfixia y desesperación seguía siendo el mismo. Tal era el desventurado muchacho que el 25 de diciembre de 1886 se encaminó a la catedral de Notre-Dame para seguir los oficios de Navidad. Por entonces empezaba a escribir, y me parecía que en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, encontraría un excitante apropiado y la materia para algunos ejer-

cicios decadentes. En este estado de ánimo, codeado y empujado por la muchedumbre, asistía, con fruición mediocre, a la misa mayor. Luego, no teniendo nada mejor que hacer, volví a las Vísperas. Los niños de la escolanía, vestidos de blanco, y los alumnos del Petit Séminaire de Saint-Nicolas du Chardonnet, que los ayudaban, se disponían a cantar lo que más tarde supe era el «Magnificat». Yo estaba de pie, a la derecha, del lado de la sacristía. Y entonces se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida. Bruscamente mi corazón fué alcanzado y CREÍ. Creí con tal fuerza de adhesión, con tan levantamiento de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con una certidumbre exenta de toda clase de duda, que desde entonces todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada, no han podido conmover mi fe ni en verdad rozarla. Había experimentado, de pronto, el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios: una revelación inefable. Al intentar reconstruir, como lo he hecho a menudo, los minutos que siguieron a aquel instante extraordinario, encuentro los elementos siguientes, que, sin embargo no formaban sino un solo relámpago, una sola arma, de la que se servía la Divina Providencia para alcanzar y abrirse por fin el corazón de un pobre muchacho desesperado: «¡Qué dichosas son las personas que creen! ¿Si en verdad fuese cierto? ¡Es cierto! Dios existe, está ahí. ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! Me ama, me llama.»

Las lágrimas y los sollozos habían llegado, y el canto tan enternecedor del «Adeste» aumentaba aún más mi emoción. ¡Emoción suavísima, en la que se mezclaba, sin embargo, un sentimiento de espanto y casi de horror! Porque mis convicciones filosóficas permanecían intactas. Dios las había dejado desdeñosamente ahí donde estaban; en ellas yo no veía nada que debiese ser cambiado; la religión católica me seguía pareciendo el mismo tesoro de anécdotas absurdas; sus sacerdotes y los fieles me inspiraban la misma aversión, que llegaba hasta el odio y la repugnancia. El edificio de mis opiniones y de mis conocimientos permanecía en pie y no le veía ningún defecto. Lo único que me había ocurrido

era haber salido de él. Un ser nuevo y formidable, con terribles exigencias para el joven y el artista que yo era entonces, se había revelado, sin que yo supiese conciliarlo con nada de lo que me rodeaba. El estado de un hombre al que de un tirón se le arranca de su piel para plantarlo en un cuerpo ajeno en medio de un mundo desconocido, es la única comparación que puedo encontrar para expresar ese estado de perturbación completa. Lo que más repugnaba a mis opiniones y gustos era, sin embargo, lo verdadero, aquello a que tenía que adaptarme de grado o por fuerza. ¡Ah, no habría de ser sin haber intentado, por lo menos, todo cuanto era posible para resistir! Esta resistencia duró cuatro años. Me atrevo a decir que cumplí una hermosa defensa y que la lucha fué leal y completa. Nada quedó omitido. Hice uso de todos los medios de resistencia y debí abandonar, una tras otra, armas que no me servían para nada. Fué ésa la gran crisis de mi existencia, agonía del pensamiento, de la que Arthur Rimbaud ha escrito: «El combate del espíritu es tan brutal como la batalla de los hombres. ¡Noche atroz! ¡La sangre humea sobre mi rostro!» Los jóvenes que abandonan tan fácilmente la fe no saben lo que cuesta recuperarla ni las torturas que ello implica. La idea del Infierno, como también la idea de todas las bellezas y de todas las alegrías cuyo sacrificio, según me parecía, debía imponerme mi vuelta a la Verdad, era, sobre todo, lo que me hacía retroceder. A pesar de ello, desde la misma noche de ese día memorable en Notre-Dame, luego de volver a casa por aquellas calles lluviosas, que me parecían entonces tan extrañas, había tomado una biblia protestante que una amiga alemana había regalado hacía algún tiempo a mi hermana Camila, y por primera vez había escuchado el acento de esa voz tan suave y tan inflexible que no ha dejado de resonar en mi corazón. Sólo por Renan conocía la historia de Jesús, y, dando fe a ese impostor, hasta ignoraba que Jesús se hubiese llamado Hijo de Dios. Cada palabra, cada línea, desmentía con una sencillez majestuosa las imprudentes afirmaciones del apóstata y me abría los ojos. En verdad, proclamaba yo con el Centurión, sí, Jesús era el Hijo de Dios. Era a mí, a Pablo, entre todos, a quien El se



dirigía, y me prometía su amor. Pero al mismo tiempo, si no le seguía, no me dejaba más alternativa que la condenación. ¡Ah, yo no necesitaba que me explicasen qué es el Infierno, y en él había cumplido mi «temporada»! Esas pocas horas me habían bastado para mostrarme que el Infierno está en todas partes donde falta Jesucristo. ¿Y qué me importaba el resto del mundo, comparado con ese ser nuevo y prodigioso que acababa de serme revelado?

El hombre nuevo que había en mí era el que hablaba de ese modo, pero el antiguo resistía con todas sus fuerzas y no quería abandonar nada ante la vida que se abría frente a él. ¿Lo confesaré? En el fondo, el sentimiento más fuerte que me impedía declarar mis convicciones era el respeto humano. La idea de anunciar a todos mi conversión, de decir a mis padres que quería ayunar los viernes, de proclamarme también yo en el número de esos católicos tan ridiculizados, me daba sudores fríos, y por momentos la violencia que me asaltaba me producía una verdadera indignación. Pero sentía sobre mí una mano firme. No conocía ningún sacerdote. No tenía ningún amigo católico. El estudio de la religión se había convertido en mi interés dominante. ¡Cosa curiosa! El despertar del alma y el de las facultades poéticas se operaba en mí al mismo tiempo, desmintiendo mis prejuicios y terrores infantiles. En ese momento escribí las primeras versiones de mis dramas: *Tête d'Or* y *La Ville*. Aunque todavía ajeno a los sacramentos, participaba ya de la vida de la Iglesia, respiraba, por fin, y la vida penetraba en mí por todos los poros. Los libros que más me ayudaron en esa época son, en primer término: *Les Pensées*, de Pascal, obra inestimable para los que buscan la fe, aunque su influencia haya sido a menudo funesta; las *Elévations sur les mystères* y las *Méditations sur l'Évangile*, de Bossuet, y sus demás tratados filosóficos, el poema de Dante y los admirables relatos de la Hermana Emmerich. La *Metafísica* de Aristóteles me había limpiado el espíritu y me introducía en los dominios de la verdadera razón. La *Imitación* pertenecía a una esfera demasiado elevada para mí, y sus dos primeros libros me habían parecido de dureza te-

rrible. Pero el gran libro que se me había abierto y en que hice mi aprendizaje era la Iglesia. ¡Pero siempre sea alabada esta gran Madre majestuosa en cuyo regazo lo he aprendido todo! Pasaba mis domingos en Notre-Dame y concurría a ella con la mayor frecuencia posible los días de entre semana. Por entonces ignoraba las cosas de mi religión cuanto es dado ignorar las del budismo; mas el drama sacro se desplegaba frente a mí con magnificencia que superaba todas mis imaginaciones. ¡Ah, ya no era el pobre lenguaje de los libros de devoción! Era la más profunda y más grandiosa poesía, los gestos más augustos que jamás hayan sido confiados a seres humanos. No podía saciarme con el espectáculo de la misa, y cada movimiento del sacerdote se grababa profundamente en mi espíritu y en mi corazón. La lectura del Oficio de Difuntos, del de Navidad, el espectáculo de los días de la Semana Santa, el sublime canto del «Exultet», junto al cual los acentos más embriagadores de Sófocles y de Píndaro me parecían insípidos, todo me agobiaba de respeto, de alegría, de reconocimiento, de arrepentimiento y de adoración. Poco a poco, lentamente y penosamente, en mi corazón se iluminaba la idea de que el arte y la poesía son también cosas divinas y que los placeres de la carne, lejos de serles indispensables, les son, por el contrario, un detrimento. ¡Cuánto envidiaba a los dichosos cristianos a quienes veía comulgar! Por mi parte, apenas osaba deslizarme entre los que cada viernes de Cuaresma se acercaban para besar la corona de espinas. Entretanto, los años pasaban y mi situación se hacía intolerable. Con lágrimas, y en secreto, rogaba a Dios, y sin embargo no me atrevía a abrir la boca. Pero cada día mis objeciones se tornaban cada vez más débiles y la exigencia de Dios más dura. ¡Ah, qué bien conocía yo ese momento y qué fuerte era su presión sobre mi alma! ¿Cómo he podido encontrar ánimo para resistirle? En el transcurso del tercer año leí los *Écrits posthumes*, de Baudelaire, y vi que un poeta que yo prefería a todos los franceses había encontrado la fe en los últimos años de su vida y se había debatido en las mismas angustias y en iguales remordimientos. Reuní todo mi valor, y un día, a media tarde, entré en un con

fesonario de San Medardo, mi parroquia. Los minutos en que esperé al sacerdote son los más amargos de mi vida. Encontré a un anciano que me pareció muy poco conmovido por un relato que a mí se me ocurría tan interesante; me habló de los «recuerdos de mi primera comunión» (para mi propia vergüenza), y antes de acordarme la absolución me ordenó declarase mi conversión a mi familia; nada puedo hoy reprocharle por ello. Salí de la cabina humillado y furioso, y sólo volví al año siguiente, cuando me senti decididamente forzado, reducido y sin escapatoria. Ahí, en esa misma iglesia de San Medardo, encontré a un joven sacerdote misericordioso y fraterno, el abate Ménard, que me reconcilió, y más tarde a un santo venerable eclesiástico, el abate Villaume, que fué mi director y padre bienamado, y cuya protección desde el cielo, donde ahora se halla, no ceso de sentir sobre mi persona. Hice mi segunda comunión en el mismo día de Navidad, el 25 de diciembre de 1890, en Notre-Dame.»

En ese año obtuvo Claudel su admisión en el concurso de asuntos extranjeros; trabó amistad con algunos escritores franceses que ya por entonces empezaban a destacarse —Jules Renard y Marcel Schwob, entre otros—, y frecuentó los «martes» de Stéphane Mallarmé.

Al margen de la incomprensión de los periodistas del Bulevar, parte grande de la «élite» de Francia ilustraba el retraído departamento de la rue de Rome: Henri de Régnier, Gustave Kahn, Daniel Halévy, el wagneriano Edouard Dujardin, Alfred Poizat y André Gide, que por esa época, al decir de Camille Mauclair, otro de los contertulios, se parecía al Franz Liszt de la litografía de Devéria. Eran también asiduos Pierre Louys, Ferdinand Hérold, Louis Le Cardonnel y el pintor Jacques-Emile Blanche, retratista veraz, cuanto alambicado, del París «fin de siglo». Y ni siquiera faltaban los representantes de la actividad artística extranjera, más o menos asimilada a la cultura francesa: André Fontainas y Albert Mockel, dos belgas, y los americanos Francis Vielé-Griffin y Stuart Merrill, a los que con sus juegos de matices y paradojas solía agregarse Whistler.

Después de la conversión y del fuerte impulso recibido en la lectura de las obras de Rimbaud, Claudel alcanzaba así, en edad todavía plástica, el alto ejemplo de pulcritud artística que desde su apacible rincón burgués impartía aquel modesto profesor de liceo y esquivo destilador de quintaesencias poéticas. Incomprendido por el gran público, como ahora, pero además torpe y bobamente burlado por la crítica de sesgo oficial, que niega todo lo que no se le alcanza, en ese entonces Mallarmé era ya un maestro, al que Paul Valéry, otro de sus visitantes y luego el más ilustre de sus discípulos, decía estas palabras: «Uno le censura, otro le desdén. Irrita usted, causa lástima. El gacetillero, a expensas de usted, divierte fácilmente al universo, y sus amigos sacuden la cabeza...

»¿Pero sabe usted, siente usted esto: que hay en cada ciudad de Francia un joven secreto que se haría despedazar por sus versos y por usted mismo?»

Claudel era entonces uno de esos jóvenes.

En el tiempo del desmandado positivismo científico sólo los poetas del simbolismo acertaron a ofrecer «un refugio al misterio», como objetividad insospechable, y con palabras de ese Stefan George, anota Robert-Ernest Curtius, uno de los más sagaces críticos alemanes contemporáneos. Y el sentido trascendente de las ideas y la limpidez y el decoro lírico parecían haberse cobijado de preferencia en ese mismo recinto mallarmeano, donde, con absoluto desdén de toda propaganda, el poeta de *L'Après-midi-d'un Faune* mostraba que la verdadera gloria «es cosa escondida y no radiante», y que aun las más bellas obras posibles deben ser consideradas como un pobre anticipo o como la preparación de otras más acendradas y puras —porque no es verdad que lo mejor sea enemigo de lo bueno.

Después de esta etapa, la vida entera de Claudel se convierte en un ancho deambular por el mundo.

En 1893 embarca para los Estados Unidos. Actúa como Cónsul suplente en Nueva York y como Gerente del Consulado de Boston. Dos años adelante regresa a Francia, y parte hacia China. Inter-

viene en la firma del contrato del arsenal y del ferrocarril de Hang-Cheu. En 1900 vuelve a su patria por Siria y Palestina. Hace un retiro con los benedictinos, en el famoso monasterio de Ligugé, y es admitido como oblato. Al año siguiente viaja de nuevo por China y alarga su recorrido por el Japón y la indochina. Regresa a Francia; visita a su amigo Francis Jammes, en Orthez, y allí, junto a los Pirineos, pasa algún tiempo en casa del rústico y enternecido poeta de *Les Géorgiques chrétiennes*. En 1905 se casa, en Lyon, con Reine Sainte-Marie-Perrin, hija de uno de los más destacados arquitectos de la época. Ya en 1906, parte por tercera vez para China, y sus principales etapas son entonces Pekín y Tientsin. Tres años más tarde regresa por el transiberiano. Seguidamente pasa a Praga y no tarda en actuar como Cónsul de Francfort (1911) y en Hamburgo (1913). Estalla la guerra del 14 y regresa a Francia por Suecia, Noruega e Inglaterra. En Francia lleva a término diversas tareas, a tono con el momento. Se le confía una importante misión en Italia (proyecto del ferrocarril del paralelo 45). En 1917 se traslada al Brasil con grado de Ministro plenipotenciario en Río de Janeiro. Firma el convenio para la compra de treinta barcos alemanes, grandes cantidades de café y mercaderías diversas. Por las Antillas y Nueva York regresa a Francia en 1919. Ministro Plenipotenciario en Dinamarca (Copenhague, 1920). Miembro de la Comisión del Siesbig. Embajador en el Japón (1921-1925), en los Estados Unidos (1927), en Bruselas (1933-1935). Retiro de las actividades diplomáticas.

Al margen de estos intensos afanes internacionales, breves y renovados altos en París, y horas de esparcimiento hogareño en el Castillo de Brangues, con su mujer y sus cinco hijos, entre los libros y los recuerdos de las cuatro esquinas del mundo.

Actividad tan compleja y tan amplia y frecuentes viajes no le han estorbado a Claudel una producción escrita que colma ya, con densidad restallante, varias docenas de voluménes: dramas, poemas, ensayos de crítica literaria y artística, páginas de alta teología, traducciones de los trágicos griegos y de los grandes líricos ingleses modernos, sin olvidar la correspondencia, también gene-

rosamente derramada hacia todos los rumbos del horizonte. El genio de Claudel y esa espaciosa contemplación del planeta aclaran la moralidad de su quehacer literario.

De modo parecido, la aclara su físico y la manifiesta su voz. Para comprenderlo, lejos aquí de la persona del poeta —«estatura y presencia», como él diría—, basta observar alguna de sus imágenes fotográficas o releer las semblanzas literarias abocetadas por sus contemporáneos ilustres. A la pluma de Henri Massis, uno de sus hermanos en la fe, pertenece la que sigue :

«El hombre rudo, de cuello recio, pletórico de sangre, de músculos y de nervios, el hombre macizo y de pasiones vehementes, el artista sensual y primitivo que yo veía, allí, prosternado ante su Dios, no debió haberse rendido sin combate... Su rostro y su cuerpo mostraban las señales de esa lucha y se iluminaban con sus ojos grandes y claros, desbordantes de un amor tan filial y tan tierno.»

Pero junto al apunte del católico, no faltan los croquis del «inmoralista» :

«Paúl Claudel está ahí —anota André Gide en su «Diario»— : No lo veía desde hace tres años. Joven, tenía el aspecto de un clavo; ahora, parece una maza. Frente poco alta pero vasta; rostro sin matices, como tallado a cuchillo; cuello de toro que se prolonga derechamente hasta la cabeza, donde se advierte que la pasión sube en seguida para congestionar el cerebro. Sí, creo que esta es la impresión que domina : la cabeza forma un todo con el tronco. Causa el efecto de un ciclón condensado. Cuando habla se diría que algo se dispara en él; procede por afirmaciones bruscas y guarda un tono de hostilidad hasta cuando uno comparte sus opiniones.

»Claudel ha venido a almorzar... muestra un rostro aun más cuadrado que anteaer; la palabra, a la vez metafórica y precisa; la voz, entrecortada, breve y autoritaria.

»Su conversación, muy vivaz y abundante, no improvisa nada, bien se advierte. Recita verdades que ha elaborado pacientemente. Pero, sin embargo, sabe bromear, y si sólo se abandonase un poco

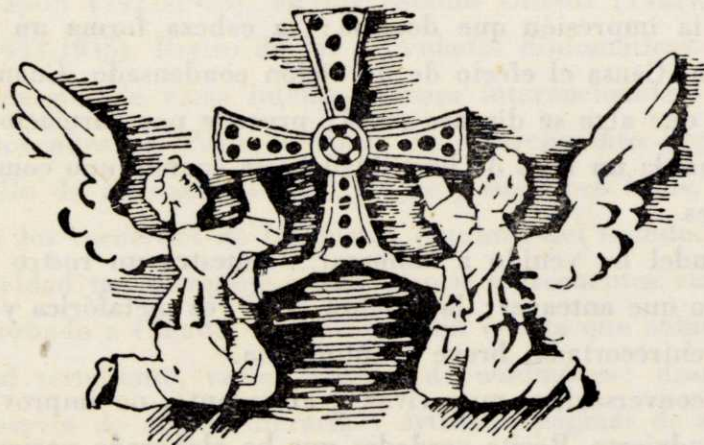
más al instante no carecería de encanto... Es la suya, pienso, la voz más arrebatadora que he escuchado hasta el presente. No, Claudel no seduce; no quiere seducir; convence o se impone.

»Yo ni siquiera intentaba defenderme, y cuando, después de la comida, hablando de Dios, del catolicismo, de su fe, de su felicidad, y mientras yo le decía que lo comprendía perfectamente, agregó:

«¿Pero, Gide, entonces por qué no se convierte usted? (esto sin brusquedad, sin sonrisa...) Yo le dejé ver, le mostré en qué confusión espiritual me abismaban sus palabras.»

Hasta el mismo André Maurois ha sabido advertir el timbre y el alcance de esa voz. «La voz de Claudel —dice— ayuda a los que conocen al hombre-Claudel a entrar directamente en su obra. Esa voz es vigorosa, áspera, dominadora, y, sin embargo, sabrosa y cordial. Mastica las palabras con fuerza, destaca las sílabas, se mueve entre las frases y las proposiciones como la reja del arado entre los terrones de la tierra negruzca. Cava en el campo de las ideas un surco inflexible y profundo.»

Y esa voz tajante, pero hondamente confortadora y fructífera, se hace también perceptible en sus poemas y dramas.



LA PSEUDO-HIJA DE CERVANTES

Por MIGUEL HERRERO GARCÍA

FRANÇOIS Maret, catedrático de Historia y Filosofía del Arte, del Instituto Superior de Bellas Artes de Amberes, y Jefe del Servicio de Documentación de la Administración de Bellas Artes de Bélgica, es un notable escritor y destacado hispanista de su país, donde acaba de publicar un precioso ensayo con el título de *Exégèse de Don Quichotte*. La vocación cervantista de François Maret habíase revelado ya en su novela *Les Cendres de Don Quichotte* y en la felicísima adaptación escénica de *Pedro de Urdemalas*, estrenada con aplauso en el teatro principal de Bruselas; pero le quedaba para el nuevo libro de que hablamos demostrar su minuciosa información y su adentramiento en los problemas tanto biográficos como estético-literarios del cervantismo. M. F. Maret domina la documentación y los hechos que en ellos se apoyan, y acepta la interpretación generalmente dada hasta ahora por los escritores españoles. Es decir, plantea los problemas como se han venido planteando, y acepta las soluciones que se han venido dando en España, hasta 1948, fecha de mi renova-

dora *Vida de Cervantes*. No hay, pues, que culpar al docto escritor belga de haber vertido en su libro juicios tan depresivos para Cervantes como los contenidos en este párrafo :

«En 1604, le encontramos en Valladolid, en el piso alquilado por su hermana en el Rastro, único hombre entre cuatro mujeres de la familia —y ninguna su esposa—, de las cuales algunas daban motivo a la maledicencia, y todas se avenían con la inmediata vecindad de auténticas busconas. Aunque no está demostrado que en aquella ocasión se mezclara en cierta clase de tráfico, tenemos la prueba de que lo hizo más tarde, cuando se llevó a cabo el matrimonio de su hija Isabel, concertado bajo los auspicios del viejo Juan de Urbina.»

«¿Hacen bien los biógrafos en pasar a la ligera sobre estos tristes episodios? Los contemporáneos, en todo caso, no abrigaban los mismos escrúpulos. Ignoro si se ha hecho notar alguna vez el empleo por Barrionuevo en su curioso intermedio *El Triunfo de los Coches*, del nombre de Cervantes para designar a un personaje que hacía profesión de vivir de las mujeres.»

La frase «cierta clase de tráfico», con ser tan insinuantemente injuriosa, es todavía eufemística en la pluma de M. Maret. Lo que lisa y llanamente se encubre en dicha frase es que Cervantes traficó con su propia hija Isabel. El nombre del viejo Juan de Urbina pasa como una ráfaga de luz vergonzante, que sugiere escenas de repugnante lubricidad.

Y repetimos nosotros la pregunta del sabio literato belga : «*Les biographes ont-ils raison de passer légèrement sur ces pénibles épisodes?*»

Respondamos, por lo que como a biógrafos nos toca.

Realmente, las relaciones del sexagenario Juan de Urbina con doña Isabel de Saavedra hay necesariamente que plantearlas con el siguiente dilema : O Urbina es su amante, o es su padre. En el primer caso, que a ciegas han aceptado todos los historiadores, sin reparar en las consecuencias y sin examinar siquiera lo que aceptan, el papel que dejamos a Cervantes es monstruoso. Si aceptamos, en cambio, que Urbina es padre de doña Isabel, y su

verdadera madre es doña Magdalena, hermana soltera de Cervantes, la posición de éste se ennoblece y dignifica. ¡Pero esto es pintar como querer, responderán los cervantistas apegados a la interpretación rutinaria! De ningún modo. Esto es leer y entender los documentos con sentido común nada más. No hace falta tergiversarlos, ni alterarlos ni omitir ni añadir nada a su contenido. Hace falta aplicar el sentido común a su crítica.

A la solterona doña Magdalena se le reconocen documentalmente cuatro *líos* con cuatro caballeros diferentes. El perfil moral de esta señora nos autoriza ampliamente a admitir que de análogas relaciones con el guipuzcoano Juan de Urbina tuvo una hija, que es doña Isabel de Saavedra. Fué doña Magdalena quien la recogió en su hogar, quien la educó y la tuvo siempre a su lado, con nombre de *tía*, prohijándola gratuitamente a su hermano Miguel.

La doble moral que existía entonces como ahora, una para el hombre y otra para la mujer, cohonestaba a los ojos de ambos hermanos este trastrueque de papeles. Tener una hija natural un hombre que ha ido al matrimonio a los treinta y tantos años de edad, y se ha pasado su juventud entre cuarteles y teatros, no constituía ningún baldón; pero en una mujer soltera y dada a la vida devota, era algo feo y digno de ser ocultado. Por otra parte, Urbina estaba casado, tenía hijos y hasta nietos, servía nada menos que en la casa de la hija de Felipe II, de cuya influencia tal vez se valía en los pingües negocios que traía entre manos, y todo aconsejaba salvaguardar al ricacho negociante, que tampoco se mostraba reacio en dotar, alhajar y casar a doña Isabel. Esto lo ve un ciego: el hombre que da un dote de dos mil ducados a una mujer, le compra una casa, se la obra costosamente, se la amuebla con lujo, la viste y la enjoya, y todo esto lo lleva a cabo mancomunado con Cervantes y hurtando el cuerpo tras la figura *del padre* de la criatura, da bien a entender que tenía un miedo horrible al escándalo; un miedo tan grande, como grande era el celo y la generosidad de Cervantes en coadyuvar a dejar en salvo el

honor de su hermana y la tranquilidad conyugal y social de Urbina.

En Cervantes se explica maravillosamente este proceder. No hay más que recordar los cien berenjenales en que se metió estando en Argel por salvar a gentes que había conocido tres días antes. Llevaba en la sangre el *quijotismo*; sufrió riesgos y desazones sin cuento por hacer el *Quijote*; no escarmentaba nunca en los fracasos a que le arrastraba su carácter *quijotesco*. ¡Y se busca la génesis del *Quijote*! Lo llevaba Cervantes en las venas, desde que su madre lo echó al mundo.

La actitud de la mujer de Cervantes, complaciente y cariñosa con doña Isabel, revela que estaba en el secreto. Sabía que era una hija natural pegadiza, que no hería sus sentimientos de esposa, y salvaba el honor de su cuñada. La conducta desamorada y fría de doña Isabel para con Cervantes dice bien a las claras que en su alma no existía el menor sentimiento filial.

Si de la psicología de los personajes de esta comedia humana pasamos a examinar a los primeros testigos que aseguraron que doña Isabel era hija natural de Cervantes, veremos que no son en absoluto dignos de fe.

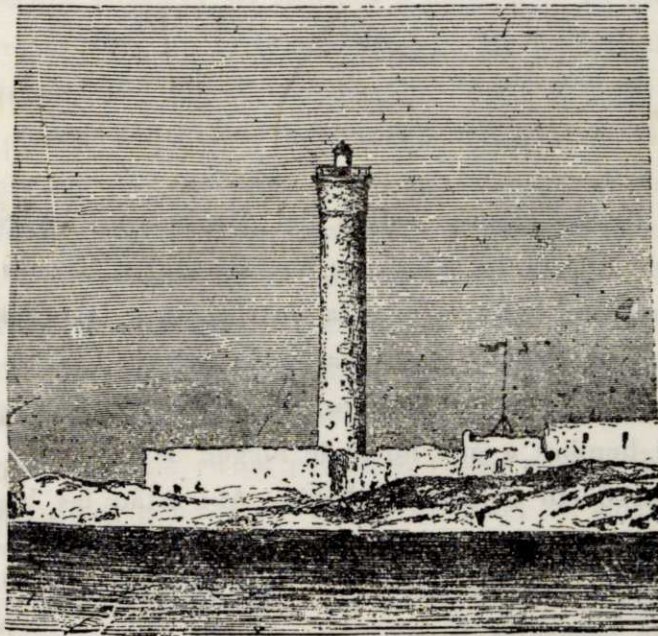
Todos los testigos del proceso por la muerte de Espeleta, que son los primeros en afirmar que doña Isabel es hija natural de Cervantes, hablan por boca de ganso. Deponen en Valladolid sobre hechos acaecidos en Madrid veinte años antes, de los cuales no saben ni pueden saber absolutamente nada... más que lo que doña Magdalena les haya querido contar. Cervantes calla, y deja decir. Guarda un secreto del que depende el honor de su hermana, ya a aquellas fechas anciana y entregada al beaterío.

Contra toda esta argumentación se replica: Pero, ¿dónde está el documento que pruebe que Cervantes no es padre de doña Isabel? ¡Donosa réplica! Demasiados cabos sueltos se dejaron los autores del enredo, para que también queramos que nos dejaran un documento fehaciente y explícito de la verdad real de los hechos. Hay pruebas morales evidentes, que valen más que todos los papeles viejos de los archivos. Hay un hombre excepcional

que en Lepanto fué héroe, en Argel fué casi santo, en Ecija fué modelo de funcionarios públicos, y en Madrid, al final de sus días, cuando no era tiempo de bromear con la otra vida, no pudo ser, no fué, un monstruo que traficara con el honor de su hija.

Pero, ¡oh, fuerza de la rutina! Esa monstruosidad se ha venido creyendo durante tres siglos y medio, y naturalmente, cuesta mucho trabajo renunciar en un momento a una posición tan vieja.

Y, además, en el fondo de su conciencia, habla el orgullillo a cada cervantista y le dice: «¡Qué lástima que esta solución no se te haya ocurrido a ti!»



EL DERECHO A LA INSTRUCCIÓN, NECESIDAD DE LOS ESTADOS

POR LUIS ARAUJO-COSTA

EL Estado español salido del Movimiento ha reconocido por uno de sus principios fundamentales, llevado al Fuero de los Españoles, el derecho a la instrucción y la necesidad que todos tienen de recibir enseñanzas, más todavía quienes demuestran capacidad para los estudios. Pero este derecho que tiene siempre el hombre a que no se le niegue la luz de la sabiduría es ahora producto de una tradición. Ahí están las historias de las Universidades, una de ellas la bien conocida de don Vicente de la Fuente y en el haber de nuestro Ministerio de Educación Nacional se encuentra la reinstauración de los Colegios Mayores y los desvelos porque en todo se conserven las glorias tradicionales de España.

Es curioso señalar lo que dicen sobre este punto la tradición de las Sagradas Escrituras y la tradición clásica de Grecia y Roma, allí donde se hallan los orígenes, los principios, los fundamentos

y las normas de toda cultura en la marcha general de la civilización.

* ¿Qué testimonios ofrece sobre el particular la Iglesia católica y la antigüedad clásica? ¿Qué ejemplos podemos sacar de las Sagradas Escrituras y de la tradición de la Iglesia? ¿Cómo estaba organizada la instrucción pública y privada en Grecia y Roma?

En el hombre se ha de considerar siempre la naturaleza y la gracia, el mundo de aquí abajo y el destino superior, la vida mortal y el porvenir eterno, la caída y el rescate. Es el orden de la historia, el sístole y diástole de todos los acontecimientos humanos. Lo simboliza en la parte religiosa esos tímpanos y relieves de las catedrales de la Edad Media, donde se copian las concomitancias y antagonismos de la Sinagoga y de la Iglesia. En la civilización humana se repite el método bipartito que atañe a la naturaleza y a la gracia. La primera, se representa por el clasicismo grecolatino que la nueva ley santifica y hace suyo. El orden sobrenatural por la vida de la Iglesia romana, de la barquichuela de Pedro en cuyo timonel está por derecho divino el Vicario de Dios sobre la tierra. La simple humanidad termina en el sacrificio del Gólgota, ya perfeccionada en su naturaleza y en su entendimiento por la cultura, la civilización y el espíritu grecorromano. Viene después la etapa de la humanidad redimida y, del mismo modo que la vida sobrenatural se amolda como en engranaje perfecto y sutilísimo a la naturaleza, la civilización cristiana viene a buscar base terrena en la antigüedad de Grecia y Roma, y allí se apoya como la cúpula en las pechinas. No es posible dar un paso en todo lo que al hombre se refiere, sin tener en cuenta esta ley doble de la naturaleza y de la gracia, y así la prueba ejemplar, el modelo, el diapasón de cuanto tiene su horizonte propio en las ciencias morales y políticas han de buscarse siempre, para marchar seguros de la verdad, por una parte, en el mundo antiguo, y por otra, en los principios de la Iglesia católica. Aun aquí, tenemos que atenernos a la naturaleza y a la gracia sobrenatural, como expresiones de la verdad religiosa, quiero decir, al Antiguo y al Nuevo Testamento.

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

¿Qué nos dicen del derecho y de la forma de la instrucción las Escrituras y la tradición cristiana?

La enseñanza religiosa va ligada al culto divino que tiene constante necesidad de ella para nutrirse y tomar desarrollo. Una nota, argumento de su verdad, le da carácter. Ni entre los antiguos israelitas, el pueblo elegido de Dios, ni más tarde en el mundo cristiano, existe nunca enseñanza esotérica. La iniciación y los grados, que vemos, por ejemplo, en los misterios de Eleusis, de Orfeo y de Mitra, así como en las lecciones de Pitágoras, Platón y algunos otros filósofos de la antigüedad, son totalmente desconocidas en Israel y después en el cristianismo. En el Evangelio de San Mateo (XXVII, 19) se nos informa que Cristo puso como deber primordial de la misión que confiaba a los doce Apóstoles el de la enseñanza, pero una enseñanza a la luz del día, sin tapujos ni misterios, accesible a todos y abierta a la comunidad de los fieles. Era la tradición de Israel. El *Exodo* (XX, 1-19) dice que la ley fué promulgada en el Sinaí, delante de todo el pueblo. El *Deuteronomio* (XXVII, 2 y sgtes.) y el *Libro de Josué* (VIII, 30 y siguientes) hablan de la necesidad de que la ley se escriba en piedras y sea expuesta a los ojos de todos en el monte Hebal. Josué renueva en Siquem la alianza del pueblo con Jahvé en presencia de las doce tribus (*Josué*, XXIV, 1-28) y más tarde los profetas dicen en público y sin ocultarse de nadie las verdades más duras (*Amós*, VII, 10-17; *Jeremías*, XXVI).

La institución de las Sinagogas pertenece al período persa. Quizá coincide con la promulgación de la ley por Esdras-Nehemías, hacia el año 440 antes de Cristo. Fué un medio eficaz de instrucción religiosa del pueblo. La Escritura se leyó desde entonces con toda solemnidad en las asambleas de los fieles. Las sinagogas fueron propagándose, de modo que todas las ciudades israelitas o con

núcleo judío, tuvieron la suya. La famosa versión de los Setenta, del hebreo al griego, hecha en Egipto en el reinado de Tolomeo II Filadelfo tuvo por principal objeto la lectura de la Biblia en las comunidades palestinianas extendidas por toda la tierra.

Un libro del Nuevo Testamento, los *Hechos de los Apóstoles* (XV, 21) nos enseña que la lectura en común de los textos santos se hacía los sábados y las fiestas. Al conocimiento público de la ley se añadió en seguida el de los Profetas, que fueron canonizados en el siglo III, anterior a la Era cristiana. *San Lucas* (IV, 16-22) y los *Hechos de los Apóstoles* (XII, 14-15) son testimonio fidedigno de esta costumbre a un mismo tiempo de culto religioso y de enseñanza. En los años turbulentos de los Macabeos (I *Macabeos*, XII, 9), sirvió de mucho consuelo al pueblo de Dios el leer y el aprender los libros santos. Es cierto que en épocas posteriores esta comunidad de fe y de doctrina queda relegada al pueblo, a las clases humildes, porque el alto clero, los poderosos, los ricos de la tierra, tienen a gala el desprecio de una cosa que consideran vulgar y de poco adorno para la inteligencia y el saber, porque todo el mundo la conoce, pero no estará de más meditar sobre este punto las palabras de Jesucristo que consignan los Evangelios (*San Lucas*, VI, 20-25, X, 31-37; *San Mateo*, XXIII, 2-8).

La enseñanza religiosa dada al pueblo sin interrupción durante tres siglos produjo sus frutos, como lo prueba la inquebrantable constancia con que sufrió Israel la persecución de Antíoco Epifanes, de manera que si se exceptúan algunos personajes de consideración en el orden mundano, todos preferían ser perseguidos antes de abandonar la fe y la mente de sus mayores. Esta enseñanza de las sinagogas continúa con regularidad hasta el nacimiento de Jesucristo y no fué tampoco estéril para los judíos de la dispersión y para las muchedumbres de Galilea, que seguían al Redentor.

El Nuevo Testamento confirma y continúa los usos docentes del Antiguo. En los *Hechos* (11, 42), se coloca la enseñanza de los Apóstoles antes de la fracción del pan y de las oraciones. El mismo libro de la nueva ley (XIII, 1 y 15) y la *Epístola Primera de San Pablo a los Corintios* (XIV, 37) atestiguan que en las asam-

bleas cristianas hay costumbre de leer la Escritura y después un hombre espiritual, Profeta o Doctor, comenta y explica los textos leídos, para edificar al pueblo. Es de advertir que en el Nuevo Testamento profeta no significa en todas las ocasiones hombre inspirado de Dios con la facultad de ver el futuro, sino el que alaba al Supremo Hacedor y canta sus grandezas. Así lo confirman esta *Primera Epístola de San Pablo a los corintios* (XIV, 3), y los *Hechos de los Apóstoles* (II, 27-28; XX, 10-11).

Este método regular de enseñanza se estableció en la Iglesia desde principios del siglo II, conforme al testimonio de San Justino (163-167). Los niños de origen cristiano recibían en el seno de su familia una instrucción religiosa elemental, según la capacidad y saberes de sus padres. Dicha enseñanza se completaba después en la asamblea de los cristianos, donde solamente se admitía a los bautizados y a los que se preparaban para el bautismo. En las asambleas cristianas se leía primero el Antiguo Testamento, continuando las prácticas de la sinagoga y de cómo estaban familiarizados con él los creyentes es documento de fe la carta del Papa San Clemente, el cuarto de los pontífices, tercero de los sucesores de San Pedro, que ocupó la Sede papal del 92 al 101, o siguiendo la moderna cronología de monseñor Duchesne, del 89 al 97.

La afición de los antiguos cristianos al Nuevo Testamento que leían y comentaban con fervor, motivó que, junto a la ley y los profetas, se enseñasen o se canonizasen, para decirlo con la palabra propia, los escritos referentes a la buena nueva. Durante algunos se tuvieron, poco tiempo, por lo que parece por canónicas, la mencionada *Epístola de San Clemente*, la *Epístola llamada de Bernabé* y la del *Pastor*, de Hermas. Sin embargo, la doctrina de la Iglesia se fijó en seguida, sin vacilar. El cuarto Evangelio se incorporó a la Sagrada Escritura en cuanto fué publicado. Sabemos que las *Epístolas Paulinas*, con excepción acaso de las *Pastorales*, fueron canonizadas en los comienzos del siglo II. El citado San Justino dice en la segunda de sus *Apologías* que hacia el año 120 nuestros cuatro evangelios eran leídos en las asambleas de fieles con la misma devoción y constancia que el Antiguo Testamento. El canon

llamado de Muratori atestigua que hacia el 170 casi todos los libros del Nuevo Testamento eran ya canónicos, es decir, que se tenían como inspirados de Dios.

Hubo, además, en los primeros tiempos enseñanza superior de la religión. San Justino, en Roma, Clemente de Alejandría en la ciudad egipcia que le da nombre, fueron maestros para los cristianos de cultura intelectual elevada, y el Didascalion o escuela que Orígenes y sus discípulos ilustraron durante todo el siglo III, fué la antecesora ilustre de las Universidades de la Edad Media y de los seminarios y colegios que para la formación intelectual de los eclesiásticos organizó en sus bases el Concilio de Trento.

La Iglesia reconoce cumplidamente, como puede probarse por la doctrina y los textos mencionados, el derecho a la instrucción. Es más, todos los sacramentos llevan implícita la necesidad de la enseñanza. Es tradición ininterrumpida desde los libros mosaicos. La verdad, patrimonio de todos, a nadie debe estar oculta en ninguno de sus aspectos, disciplinas, ramas, puntos de vista y órdenes diversos.

II

LAS ENSEÑANZAS DE GRECIA Y ROMA

Se ha visto que la Iglesia y la tradición de las letras divinas en el Antiguo y el Nuevo Testamento confirman el derecho a la instrucción y ordenan dar enseñanza completa y sin reserva de sus dogmas y doctrinas a todo ser racional, siempre de acuerdo con el derecho que concede a los padres la educación de sus hijos y sin admitir monopolio ni del Estado ni de sociedad alguna que no sea la sociedad natural por excelencia: la familia.

¿Cómo procedía en esto el mundo pagano? ¿Qué ejemplos suministran en lo que se refiere a la educación de la juventud los dos pueblos antiguos, imagen de la perfección y del más alto progreso en la naturaleza humana antes de ser redimida por nuestro Salvador?

Sirva de punto de partida una joya de la cerámica ateniense. Se conserva en el Museo de Berlín y tiene por autor a Duris, uno de los maestros pintores de los vasos con figuras rojas. Desde los albores del siglo v (anterior a nuestra Era, naturalmente), se sustituyen por figuras rojas sobre fondo negro las figuras negras sobre fondo encarnado que se conservan no obstante en las ánforas panaténicas hasta muy avanzado el siglo iv. Los artistas del nuevo sistema decorativo, importantísimo en la historia de la cerámica y con alcance a todos los capítulos de la arqueología, se llaman Epictetos, Eufronios y Duris. Vive el primero a fines del siglo vi y ya desde entonces comienza a usar las figuras rojas. Suya es la Basilea o esposa del Arconte rey, muy cubierta y recatada con el *quiton* o túnica y el *himición* o manto y trayendo en la mano izquierda un cetro tan largo que se apoya en el suelo y sobrepasa la cabeza a la figura en pie. Duris, contemporáneo de las guerras médicas (490-479), es el pintor de la vida cotidiana, sobre todo de aquellas escenas en que intervienen niños y jóvenes. Su *Interior de escuela* en la célebre copa del Museo de Berlín, es un magnífico documento iconográfico, confirmación de lo que nos dicen los autores. A mano derecha se ve al pedagogo que acaba de llevar al niño a la escuela. El escolar se muestra en pie delante del maestro, que está sentado y que desenvuelve, para que el niño lea, un rollo de papiro. A la izquierda hay un maestro de música con una cítara y un alumno aprendiendo a tocar el mencionado instrumento.

* * *

La educación de los atenienses y en general de todos los griegos, comienza a los siete años de edad. Hasta entonces sólo se han dedicado al juego y al desarrollo físico.

La escuela se llama *didascaleion* y el gimnasio donde ha de continuarse la cultura física, *palestra*. Aquí se ejercita el salto, la carrera y la lucha. En la escuela recibe el alumno dos clases de enseñanza: la literaria y la musical. La primera, corre a cargo

del gramático; la segunda, del citarista. El pedagogo no es el maestro, sino el que cuidada al niño en el hogar, el que le acompaña de su casa a la escuela. El gramático enseña a leer, a escribir, un poco de cálculo —que recibe este nombre porque se valen de piedrecitas para que entren por los ojos las operaciones de suma, resta, multiplicación y división— y, sobre todo, a declamar y recitar versos líricos, épicos y dramáticos. El maestro los va diciendo con lentitud hasta que los discípulos llegan a saberlos de memoria y a decirlos con el tono que su sentido y su intención reclaman. No existen libros de clase porque escasean y están caros los papiros. Todas las lecciones se dan de viva voz y se repiten una y otra vez con paciencia y con método. Con un sistema parecido, el citarista enseña a tocar la lira y la flauta.

El período docente de formación espiritual y corporal dura once años, hasta que comienza la efebía a los dieciocho, para terminar a los veinte. Además de la escuela, donde los maestros no son funcionarios públicos ni hay programas oficiales, el padre se ocupa personalmente de la educación de sus hijos, haciéndoles asistir a procesos y espectáculos, siempre fecundos en ejemplos morales y también colocándoles de oyentes en la escuela de un filósofo de renombre o de un retórico, si han de seguir la profesión de las leyes. Lo que era la enseñanza en derredor de un maestro de filosofía nos lo dicen los *Diálogos* de Platón. De una escuela de retórica puede ser modelo la de Esquines, rival en elocuencia de Demóstenes y maestro de oratoria en Rodas, a la muerte de Alejandro. En todos estos centros de instrucción los discípulos veneran al maestro y aplauden, lloran, ennoblecen la inteligencia, moviendo el ánimo a la piedad, al heroísmo, al afán de sacrificarse por la patria. ¿Cómo no habían de llegar a todas las noblezas del alma quienes eran capaces de recitar de memoria *Los Persas*, de Esquilo; las *Odas*, de Píndaro; las estrofas encendidas de Tirteo? La envidia no tenía puesto en aquellas asambleas. Un día, Esquines comienza su lección con la lectura del *Discurso de la Corona*, que él compuso para el caso de Texifonte. Los discípulos, conmovidos y entusiasmados, piden al maestro que lea también la pieza ora-

toria de Demóstenes en el mismo pleito. Aumenta el entusiasmo. Las lágrimas acuden más presurosas aun a los ojos de los oyentes. Esquines reconoce la justicia de la propia derrota en el proceso y en la clase, y también llorando, les dice a los discípulos: «¡Qué sería si lo hubiéseis escuchado de los propios labios del monstruo!»

La efebía es la condición de efebo o joven. La palabra se deriva de la diosa Hebe, llamada después por los latinos Juventa. Era hija de Juno y casó con Hércules. Estaba encargada de servir a los dioses copas de néctar, función divina en que hubo de sucederla Ganimedes.

Los efebos, después de las pruebas que fija la ley, hacen su aprendizaje militar. Se les enseña el uso de las armas, la táctica y el arte de los campamentos; van con sus camaradas de guarnición a las fortalezas o *phrouria*, que bordean los límites del Atica. Durante la noche marchan en patrullas y rondas a través de todo el campamento. Los efebos no están nunca obligados a ir a la guerra más allá de las fronteras atenienses. Del mismo privilegio gozan los mayores de cincuenta años. Las horas que les deja libre el servicio militar son aprovechadas por los efebos para seguir frecuentando los gimnasios y las escuelas de retórica y filosofía, sobre todo el Liceo y la Academia. Y aquí, como en todo lo que se refiere a los pueblos de la antigüedad clásica, ya en su historia, ya en sus costumbres, ya en sus instituciones de cualquiera clase que ellas sean, volvemos a encontrar una leyenda de poesía que nos arrebatara el alma con su encanto. Los efebos se reúnen para prestar juramento en el santuario de Aglaura, situado en la vertiente norte de la Acrópolis; Aglaura, lo mismo que Aglae, una de las Gracias, quiere decir brillante, espléndida. Es hija de Cécrope, hermana de Herse y de Pandrosa y sacerdotisa de Palas Atenea, que los romanos llaman Minerva. Hermes o Mercurio se enamora de Herse, y Aglaura, mediante una recompensa, ofrece su favor a los amores del dios y de su hermana. Pero Atenea infunde en su pecho la pasión devoradora de los celos y regala a los dos una caja con la prohibición de abrirla. Ellos no pueden

resistir la curiosidad; desobedecen el mandato de la diosa y agitados por las Furias, se arrojan desde lo alto de la Acrópolis. Pero el santuario de los efebos no puede referirse a esta tradición que, por otro lado, no debe ser confundida tampoco con la leyenda de la caja de Pandora en el ciclo de las fábulas mitológicas de Prometeo. Hay que distinguir entre Pandora y Pandrosa y entre la caja regalo de Palas y la caja de todos los males que entregan los dioses a la mujer cuyo nombre de Pandora quiere decir «todos los dones».

La leyenda ática de Aglaura, a la que rinden culto los efebos, dice que la hija de Cécrope para salvar a la patria durante una guerra, se arrojó desde lo alto de una torre, porque el oráculo exigió de ella ese sacrificio. El santuario de Aglaura en la Acrópolis ateniense estaba rodeado de un bosque sagrado. En él recibían los efebos las armas juraban su fidelidad a la patria diciendo: «Juro no deshonrar nunca estas armas sagradas y no abandonar jamás mi puesto en el combate. Combatiré por mis dioses y por mi hogar solo y al lado de mis compañeros. No quedará, cuando yo muera, mi patria disminuída, sino poderosa. Obedeceré las órdenes que la prudencia de los magistrados sepa darme. Viviré sometido a las leyes, a las que ahora estén en vigor y a las que después el pueblo establezca. Si alguno quisiere atropellarlas no lo consentiré y combatiré por ellas solo y con los demás. Tendré en veneración los cultos de mi padre y de todo ello pongo por testigo a Aglauria, a Enyalo, a Ares o Marte, a Zeus y Júpiter.»

¡Magnífico juramento para corona y remate de una educación ejemplar!

Grecia nos ha legado en una de sus obras inmortales un código soberbio de pedagogía y educación: la *Ciropedia*, de Jenofonte.

Entre las divinidades que figuran en la fórmula del juramento de los efebos hay una poco conocida: Enyalo. Etimológicamente quiere decir el belicoso. Es un epíteto de Ares o Marte, que se encuentra mucho en la *Iliada*, pero nunca en la *Odisea*. Es curioso, ¿verdad? En la evolución de los mitos Enyalo llega a distinguirse



de Marte. Su nombre se deriva de Enya, diosa de la guerra, a la cual los romanos hubieron de llamar Belona.

* * *

En los primeros tiempos de Roma la educación se da en el hogar. El padre, cumpliendo el deber que tiene de instruir a sus hijos, les enseña a leer, escribir, el cálculo, un poco de derecho y los ejercicios corporales que hagan de él un buen soldado.

Más tarde, la enseñanza primaria —leer, escribir, contar, aprender de memoria sentencias morales y textos de la Ley de las Doce Tablas—, fué misión del *ludi magister* o maestro de escuela que hace reinar en clase la más severa disciplina, mediante la férula y el látigo. La primera, es una especie de vergajo con el que se golpea a los escolares, ya en la mano, como dice Juvenal (*Sátira*, I, 15); ya en la espalda, como dice Apuleyo. Sirve también a los jinetes de látigo de montar, según confirma el *Ars amandi*, de Ovidio (I, 546). De lo que eran las escuelas en Roma puede dar idea el episodio histórico del maestro de Faliscos y de la generosidad de Camilo al apoderarse de la plaza.

En las escuelas de Roma existen ya las grandes vacaciones de cuatro meses, de mediados de junio a mediados de octubre; las de diciembre, por las Saturnales; las de marzo, por las Quinquatries, y las que tienen por motivo diversas solemnidades religiosas, en particular las fiestas de Minerva.

Al cumplir doce años el escolar ingresa en casa del gramático, que le da a conocer los autores latinos y griegos, sobre todo a los poetas, cuyos versos ha de aprender de memoria según los recita y los repite el maestro. A los dieciséis años se deja la casa del gramático y se va a la del retórico. El estudiante ha de componer discursos con los temas que el retórico da para ejemplo, ha de ejercitarse en la preparación y marcha de procesos simulados que se ponen como materia de aprendizaje y, sobre todo, ha de decla-

mar oraciones políticas y forenses ante sus condiscípulos y ante el maestro, el cual corrige no sólo el plan, el estilo y las concepciones, sino también la voz, los gestos, los ademanes, las cadencias. Esta parte de la educación es en Roma indispensable para todo el que quiera consagrar sus talentos a la vida pública, porque en ella todo depende de la palabra.

La enseñanza en Roma es libre y jamás se ejerce sobre los *ludi magister*, los gramáticos y los retóricos, inspección de ninguna clase. Las puertas de las clases están abiertas a todo el que quiera presenciar cómo dan los maestros las lecciones y cómo las aprovechan los discípulos.

Este sistema de educación continúa hasta muy avanzados los tiempos del Imperio. El gramático prefiere entonces entre los poetas a Homero y a Virgilio, que el escolar ha de aprenderse de memoria. Las Universidades, que se llaman *Auditoria*, comienzan a propagarse bajo Vespasiano, el primero de los Flavios (69-79), quizá con el precedente y el modelo de la que Sertorio fundó en Huesca un siglo antes. El primer catedrático de la Universidad con sueldo que le concede el Emperador, de la guerra judía historiada por Flavio Josefo, es un español, Marco Fabio Quíntiliano, el de las *Instituciones oratorias*. Las *Auditorias* romanas tienen cátedra de filosofía, ciencias y literatura. Las ciudades pagan también desde entonces sus escuelas de retórica y ganan celebridad las de Atenas, Alejandría, Roma, Marsella, Autun, Burdeos y Cartago. En la ciudad de Palas es costumbre obsequiar a los escolares con tarros de miel del Atica, a fin de que el paladar guarde armonía con la impresión de los oídos por donde se vierten en el ánimo las dulzuras de la *Ciropedia*, la *Anábasis*, el *Económico*, los discursos de Lisias el logógrafo...

En los años del Imperio los retóricos llegan a poseer grandes riquezas y alcanzan los primeros puestos y dignidades.

He aquí cómo las letras sagradas y las profanas responden con enseñanzas y ejemplos a la necesidad de la instrucción, y al conceder a todos la España de Franco el derecho de aprender, sigue una doctrina, una tradición, un tono y una práctica con más de dos mil años de consciencia en la mente de los educadores y en el ejercicio diario de la escuela.



UBEDA Y SUS GENTES

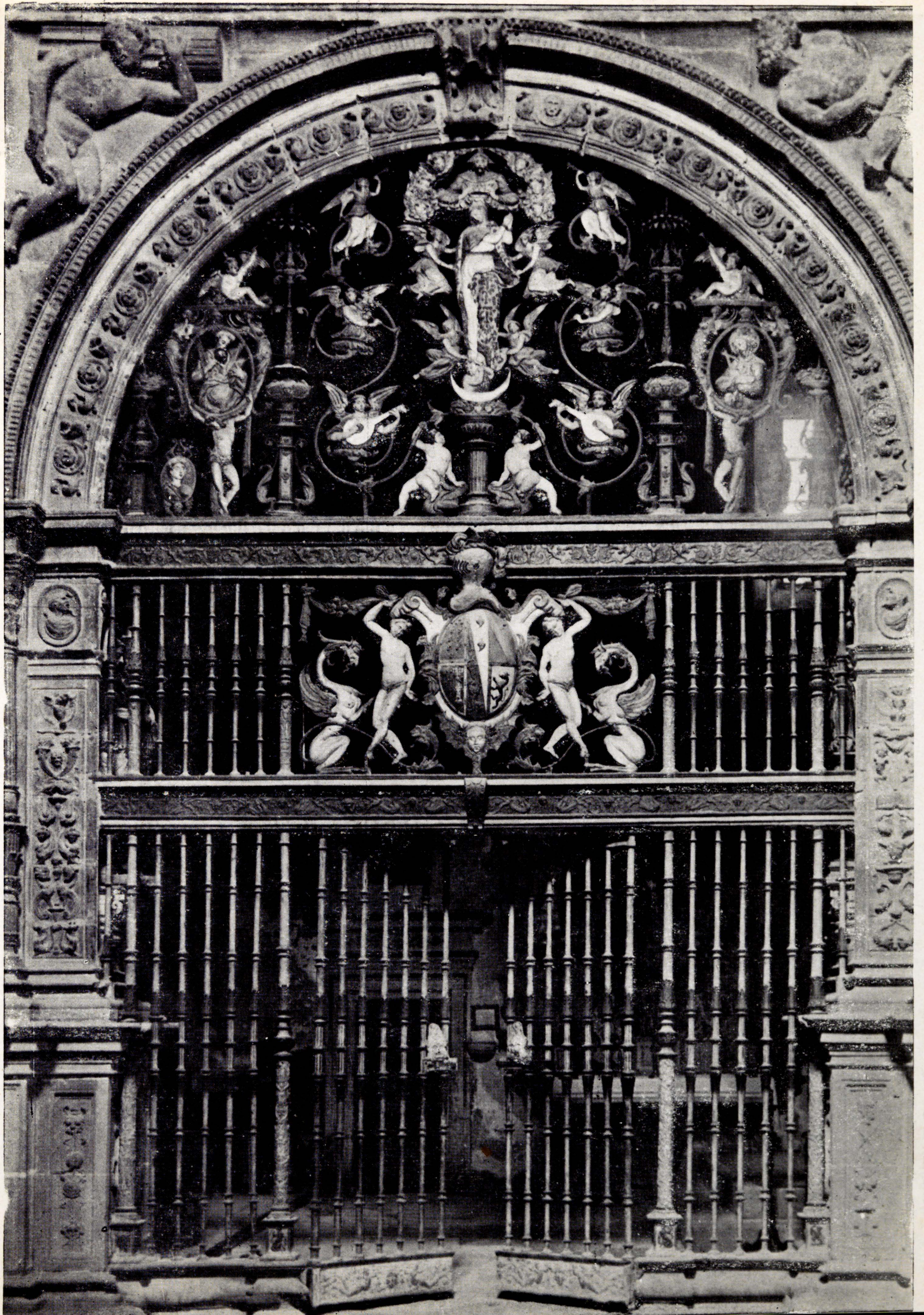
Por JOSE SANZ Y DIAZ

UNA sola vez, cuando era niño, estuve en la histórica ciudad de Ubeda, y desde entonces conservo un gratísimo recuerdo de su fisonomía inconfundible, hecha a base de los restos de su pasado esplendor y de una arquitectura moderna un tanto anárquica. Obligado es el decir al llegar aquí que me llevaron a contemplar los primores del famoso templo del Salvador, quizá el más valioso de Ubeda, que tenía un altar mayor con prodigiosas esculturas de Berruguete y una famosa verja de hierro colado dividiendo la capilla principal, obra de admirable rejería toledana, que costó doña María de Mendoza, esposa del fundador de la iglesia, del que en seguida hablaremos, y descendiente de los poderosos magnates de mi provincia nativa, Guadalajara. Fué alzado este templo en la primera mitad del siglo XVI, por el Caballero de la Orden de Santiago don Francisco de los Cobos y Molina, descendiente de los esforzados capitanes molineses del antiguo Señorío que fueron con las mesnadas de los Laras a tomar parte con los «trescientos de la fama» en la conquista de Baeza y Ubeda. Ellos le ayudaron contra la morisma a Fernando III el Santo, y allí se

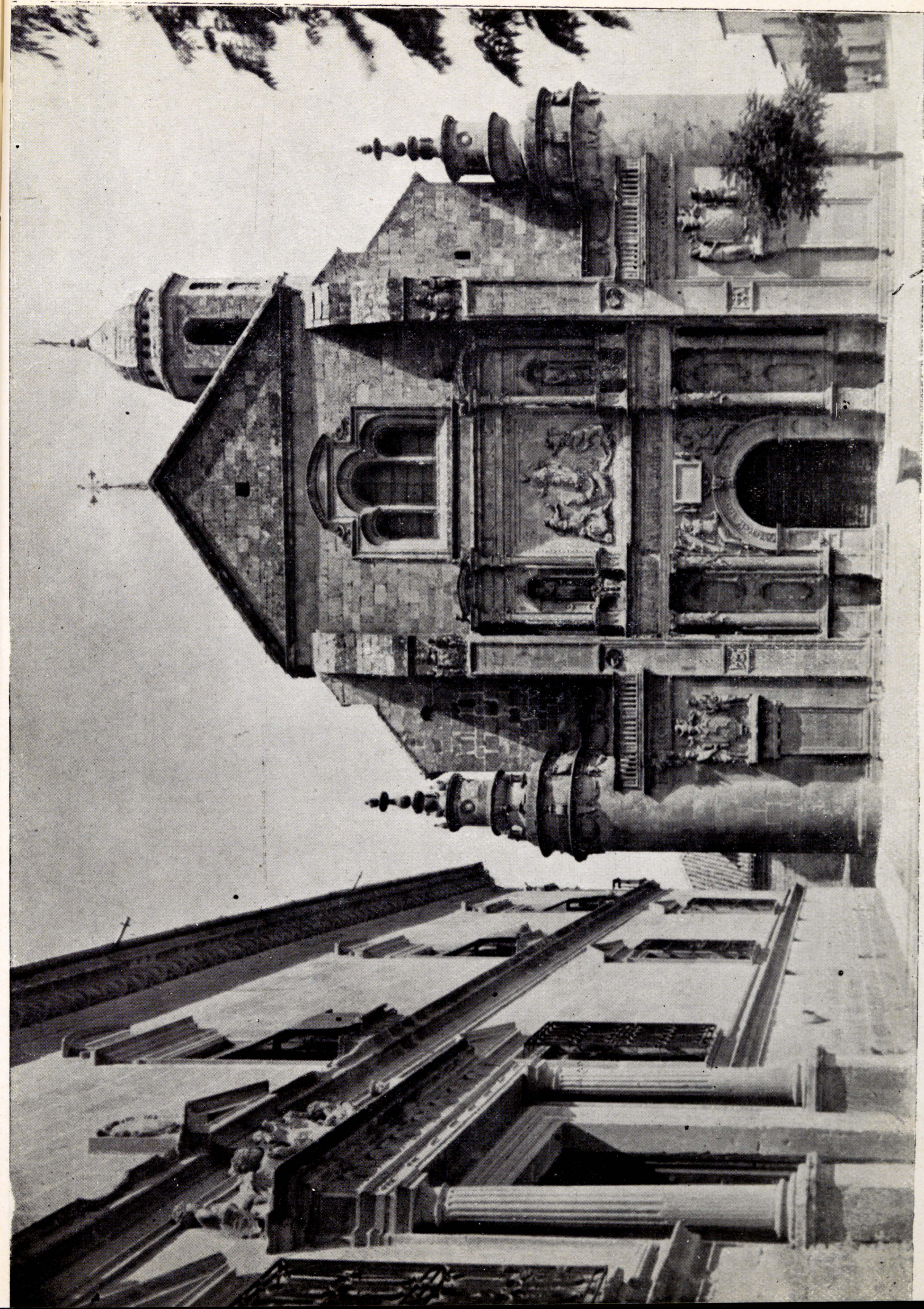
quedaron afincados mis ancestros del viejo Señorío de Molina, colmados de reales mercedes y guardando la frontera cristiana contra el árabe infiel. Este Cobos y Molina era cuñado de Gonzado Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán» y Comendador de León, Adelantado de Cazorla, Contador Mayor de Castilla, Ensayador Mayor de las Indias, Señor de Sabiote, Torres Gimenas y otros lugares; Secretario del Emperador Carlos V, Secretario de Estado desde 1516 y del Consejo Supremo desde 1529. Acompañó al Emperador en sus expediciones a Alemania, Italia y Berbería, siendo recompensado por su lealtad y servicios a la Corona con los empleos y títulos reseñados, los cuales le enriquecieron, especialmente la donación de las salinas de Tierra Firme y Nicaragua. Murió en mayo de 1547, y unos diez años antes había empezado a levantar la iglesia del Salvador, de Ubeda, en cuya sacristía se guardan, o guardaban hasta hace poco, cuadros de Rubéns y de Tiziano. Cobos encargó su trazado artístico a Diego de Siloé, bajo la dirección del famoso arquitecto Pedro de Valdevira. En el centro del templo y bajo una losa de mármol blanco, reposan las cenizas del fundador.

Guías y enciclopedias no dejan de citar también, entre los edificios notables de la ciudad, la Casa de las Torres, que perteneció al Marqués del Vasto y de Pescara, descendiente del ubetense Rui López de Dávalos, tercer Condestable de Castilla. El espléndido Palacio de las Cadenas, antes convento de la Madre de Dios, mandado edificar por otro indígena célebre, también oriundo de mi tierra, llamado Vázquez de Molina, de cuya familia hubo algunos conquistadores que se distinguieron en Indias. También es muy notable la llamada Casa de los Salvajes, quizá nombrada así por los dos tenantes que guardan la original portada, y el severo Palacio de Cobos, en el que se hospedaban en Ubeda los Emperadores Carlos V y Felipe II.

Parece que la clara historia de Ubeda no se remonta más allá del dominio de los árabes, pese a cuanto dicen Vadillos, en su *Historia de cada uno de los pueblos de la provincia de Jaén*, y Joaquín Ruiz Jiménez, en su obra *Apuntes para la historia de la pro-*







UBEDA.—Iglesia de El Salvador.—A la izquierda, Parador del Condestable Dávalos.



vincia de Jaén, editada esta última en 1879. En el siglo XI sabemos que ya existía, pues el general Schyr Ben Beer, enarbolando la verde bandera de Yusuf, la conquistó en 1090 del poder de los almohades, tras una batalla memorable. La conquista cristiana de Ubeda debió ser difícil y se llevó a cabo un 29 de septiembre, por lo que ostenta en su escudo de armas la imagen de San Miguel Arcángel, Patrón de la ciudad, en campo encarnado y bajo una corona de oro, aparte de la orla de doce leones rojos en campo de plata. Conquistada Ubeda por San Fernando encargó su custodia —como había hecho en Jaén— a Tello Alonso, de la familia del Infante Alonso de Meneses, señor de Molina; las casas y haciendas fueron repartidas entre los caballeros de aquel Señorío que tomaron parte en la reconquista.

El rey Alfonso VIII le dice en una carta al Papa Inocencio III, según Diego Pérez de Mora en su libro *Grandezas y cosas notables de España*: «...que los moros de Baeça e de toda aquella comarca se habían recogido a la ciudad de Ubeda por ser mucho fuerte y por saberse que ningún Rey de España ni capitán la avía jamás conquistado.»

Durante la guerra de la Independencia se libró en Ubeda un combate notable, siendo derrotados los franceses por la División que mandaba el general don Ambrosio de la Cuadra. Tuvo lugar el histórico encuentro a 15 de mayo de 1811. En su famosa expedición del norte al sur de España, el renombrado general carlista Gómez se la arrebató en 1836 a las tropas liberales, y durante la última guerra de Liberación Nacional (1936-39) también sufrió Ubeda toda clase de depredaciones.

La bella ciudad jaenera ha sido cuna siempre de gentes de corazón y talento, como los citados Rui López de Dávalos, que fué privado del monarca Don Juan II; don Francisco de los Cobos y Molina, el caballero Vázquez de Molina y el venerable Fr. Juan Garrido, de la Orden III de San Francisco.

El arte debió florecer desde el tiempo musulmán, pues dice el árabe Al-Saqundi, en el siglo XIII, que «también hay en Ubeda

ciertas histrionisas y bailarinas, célebres por la viveza de su ingenio y de su arte».

Jorge de Mercado fué un poeta ubetense del siglo xv, autor de villancicos que recogen las antologías, como aquel que empieza así :

—Niño mío, ¿dónde bueno?
Acá vengo del collado, ,
para do fuí criado.

Floreció en el siglo xvi y dejó también un canto a Ubeda elogiándola, como buen hijo, con los más cariñosos epítetos. También fué notable poeta el ubetense Luis de Aranda, en el siglo xvi, autor de una glosa que empieza así :

«Están de presentes las leyes y fueros
tan mal securadas por nuestra codicia,
y son hoy los jueces tan poco severos,
que gastan los pobres sus pocos dineros
primero que alcancen del rico justicia.»

Gaspar de la Cintera, coplero indígena que cabalgó sobre los siglos xvi y xvii, fué muy celebrado por su ingenio sencillo y popular en las coplas que le dieron fama. De la escuela de Garcilaso de la Vega y de Boscán, que fué considerada en los siglos xvi y xvii como prototipo de los poetas castellaños de gusto italianizante, se puede considerar al ubetense Sebastián de Córdoba, que debió nacer a mediados del siglo xvi y murió en 1603. Ha sido un poeta muy discutido, pues Ticknor dice que «no hizo otra cosa que falsear el mérito de aquellas composiciones, sin que ganaran en el trueque ni la religión ni la literatura». Se refiere al libro de Sebastián de Córdoba, titulado *Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas en materias cristianas y religiosas*, del que se hicieron varias ediciones en Granada y Zaragoza, de 1575 a 1577. Un poco más piadosos, otros tratadistas y críticos dejan entrever que uno de

tantos como escribieron con formas clásicas poesías de asunto divino. Dejó bastante obra, y en el tomo XXXV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, aparecen insertas algunas de sus composiciones. D. Juan Hurtado, don Angel González Palencia y don Angel Valbuena Prat, se ocupan de Sebastián de Córdoba en sus *Historias de la Literatura Española*. al tratar de la lírica de San Juan de la Cruz y de su calidad emocional.

También ha habido artistas plásticos en Ubeda, como el pintor José Elbo, que nació a 26 de marzo de 1804 y murió, al borde de los cuarenta años, el 4 de noviembre de 1844. Esquivel hizo su biografía, llevó a cabo un viaje artístico por mi Alcarria en 1841 y sus mejores obras son las tituladas «La Plaza de Toros de Madrid en un día de corrida», «Leda», «Un majo», «Un vaquero a caballo y dos toros», «Unas mujeres yendo al baño», «Un contrabandista», «Dos suertes de picadores de toros», «Un niño en un jardín», «Un perro», «Una torada en La Muñoza», «La venta de la Trinidad», «Un ventorrillo en la ribera del Manzanares» y un gran número de retratos, acuarelas y dibujos. Colaboró como ilustrador en las *Obras Completas de Quevedo* y en la revista *El Panorama*. Era mordaz y cáustico en los ataques de tertulia y vida social. Consiguió muchos premios en Exposiciones y Concursos.

D. Manuel Serrano y Sanz, en sus *Apuntes para una Biblioteca de escritoras españolas, desde el año 1401 a 1833*, incluye a Luciana del Castillo, natural de Ubeda, mencionándola también como poetisa don Francisco Cubié en su libro *Las mujeres vindicadas de las calumnias de los hombres*. Parece que también era diestra en música; pero se desconocen sus versos.

De Ubeda era el poeta Alfredo Cazabán, que canta así a su ciudad nativa:

«Sobre una loma, siempre azulada,
que a veces cubre nuboso tul
y a veces limpia, tiene apoyada
la cristalina bóveda azul.»

Francisco Moya Ramírez, añora así a Ubeda, de donde era natural :

«Yo no aliento, patria mía,
si no escucho tus campanas,
y si no miran mis ojos
tus torres y tus murallas,
y tus escudos gloriosos
compendio de tus hazañas.»

La belleza de las ubetenses fué piropeada en coplas y seguidillas del autóctono Manuel Ráez. En 1936 publicó Alfonso Higuera un ameno libro titulado *Estampas de Ubeda*, con prólogo de Diego Heredero Ruiz. También fué un ilustre hijo de Ubeda el periodista madrileño don Antonio Heredero Soriano, cuya muerte lloramos los compañeros desde hace algunos años.

Cronistas oficiales de la ciudad de Ubeda han sido, por orden cronológico, don Miguel Ruiz Prieto, don Francisco Moya Ramírez, don Luis Garrido Latorre, don Manuel Muro García y don Rafael Gallego Díaz, todos ellos autores de libros importantes.

Pero no sólo han cantado a Ubeda y sus bellezas las plumas nativas, sino los mejores ingenios españoles, desde el *Romance de Reduán*, que la cita varias veces al paso de los jinetes moros, y Jorge Manrique, que en el siglo xv le dedicó unas coplas, hasta Antonio Machado, que aludió a la leyenda de Alvar Fañez, «El Mozo», ante los famosos Cerros de Ubeda, por los que salió ante su rey, al encontrarse a una linda mora bañándose desnuda.

EXPOSICION MISIONAL DE ARTE SACRO

HECHOS

En la mañana del día 19 de mayo de 1957, S. E. el Jefe del Estado Español, acompañado de su esposa, asistió solemnemente a la Exposición de Arte Sacro Medieval, instalada en el Palacio de Exposiciones del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, para celebrar el año Hispano de dicho arte sagrado en unión con el Sr. Gobernador, Sr. Secretario general de la Delegación de Propaganda D. F. y Sr. Delegado de Artes, y el Sr. Delegado Federal Sr. Delegado representativo oficial para la inauguración del centenario de la República de España del Vaticano.

En la misma mañana concurrieron también presentes Sr. Ministro de Asuntos Exteriores, Justicia y Educación Nacional, Sr. Ministro de la Corona, Sr. Subsecretario de Educación Popular y Deportes, Sr. Director de Seguridad, Sr. Director Cultural, Sr. Director Encargado Universitario, Sr. Director de Estudios y Tráfico, Sr. Director de Artes, Propaganda, Archivos y Bibliotecas y Sr. Director de Estudios de la Sanidad y Política de las Indias, Sr. Director de Estudios de Arte y Tráfico, Sr. Director de Estudios de Valencia, Murcia, Balears y Canarias, Sr. Director de

EXPOSICIÓN MISIONAL DE ARTE SACRO



EN la mañana del sábado 19 de mayo de 1951, S. E. el Jefe del Estado español, acompañado de su esposa, inauguró solemnemente la Exposición de Arte Sacro Misional, instalada en el Palacio de Exposiciones del Retiro madrileño. Para asistir al acto llegaron de Roma el día anterior en avión Monseñor Constantini, Secretario general de la Congregación de Propaganda Fide y Arzobispo de Arcadia, y el Marqués Federico Pietro Paparozzi, representante oficial para la inauguración del certamen, de la Secretaría de Estado del Vaticano.

En la sesión inaugural estuvieron también presentes los Ministros de Asuntos Exteriores, Justicia y Educación Nacional, este último con su esposa; el Subsecretario de Educación Popular y Directores generales de Seguridad, Relaciones Culturales, Prensa, Enseñanza Universitaria, Enseñanza Profesional y Técnica, Bellas Artes, Propaganda, Archivos y Bibliotecas y Asuntos Consulares; el Nuncio de Su Santidad, el Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, los Arzobispos de Sión y Vicario general castrense de Valencia, Burgos, Sisico y Limira; Obispos de

Astorga, Oviedo y Sigüenza; Director general de las Obras Misionales Pontificias, Monseñor Sagarminaga; los Embajadores de Portugal, Irlanda, Gran Bretaña, Egipto, El Salvador, Costa Rica y República Dominicana; los Ministros plenipotenciarios de Suecia, Suiza y Jordania y Encargado de Negocios de Francia, con el alto personal de las respectivas Embajadas y Legaciones acreditadas en Madrid; Alcalde de Madrid; jefes y segundos jefes de las Casas Militar y Civil del Jefe del Estado; Director del Instituto de Cultura Hispánica, Subdirector general de Radio, Director de las emisiones españolas de Radio Vaticano, padre Pérez García, S. J., y otras muchas personalidades.

Discurso de Monseñor Constantini

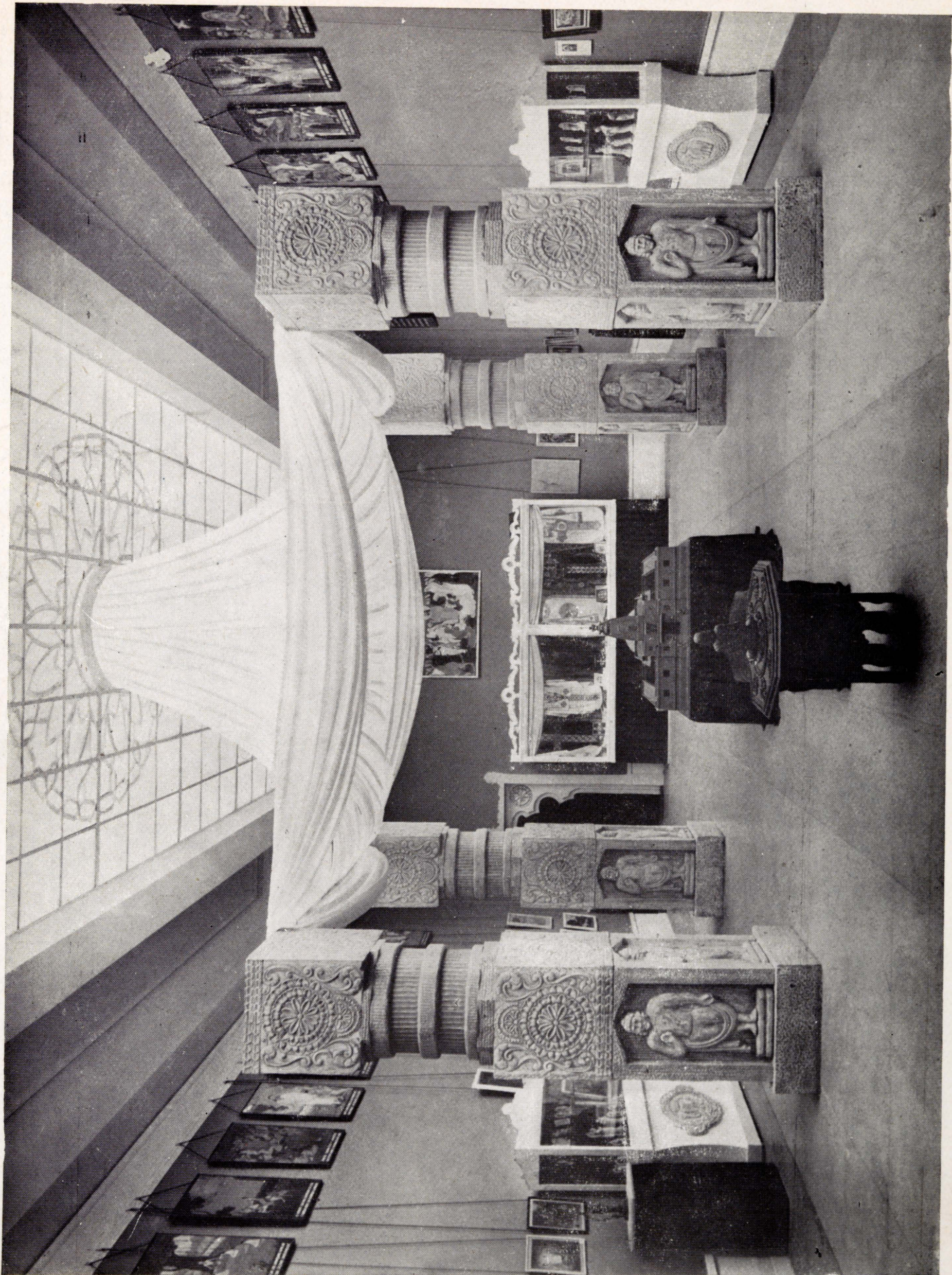
En el gran vestíbulo de entrada, monseñor Constantini pronunció el siguiente discurso:

«Excelentísimo señor.

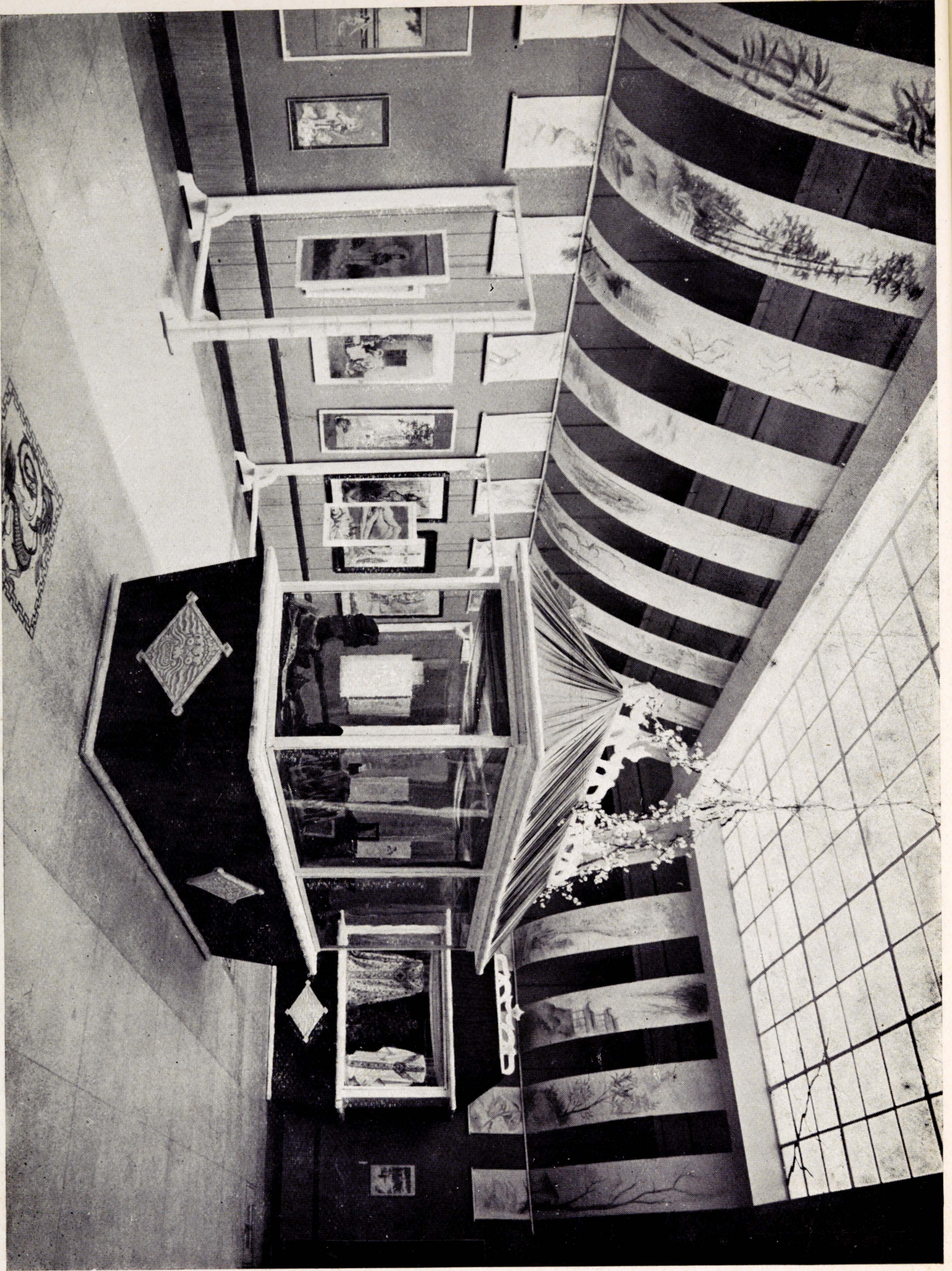
Excelentísimos señores. Señoras, señores:

Es para mí una gran satisfacción, y al mismo tiempo un distinguido honor, el dirigir, en nombre de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, un ferviente y cordial saludo a España católica y misionera. No sólo tengo presente en mi espíritu las antiguas glorias de España, sino que contemplo con inmensa alegría el actual y magnífico renacer de obras misioneras que continúan la antigua y grandiosa tradición nacional.

Esta Exposición es precisamente una prueba de esta gesta misionera. Al inaugurarla no podemos menos de elevar nuestro primer pensamiento, lleno de reverencia y gratitud, al Sumo Pontífice Pío XII, que ha querido favorecer en todo momento esta nobilísima empresa. Peregrinos españoles que asistieron en Roma a la clausura del Año Santo, llenos de fe y entusiasmo gritaban: «España, por el Papa», y el Padre Santo respondía: «Y el Papa, por España.»



Una de las salas de la India.



Pabellón de China.

A este homenaje unimos el nuestro cordialísimo al Jefe del Estado, a las autoridades del Gobierno español, a las representaciones eclesiásticas y religiosas, a su excelencia D. Joaquín Ruiz Jiménez, activo Embajador de España ante la Santa Sede, y a todas las instituciones oficiales y culturales españolas, que con elevado criterio y gran interés han contribuído a esta grandiosa manifestación cultural y misionera, cuyo objeto es el arte en los países de misión, una de las más altas manifestaciones culturales misioneras.

Sabemos que el problema de la conversión de los pueblos paganos no se resolverá hasta que la luz del Evangelio no penetre en su vida y en su pensamiento.

Con la enseñanza en las escuelas, en los colegios, en las Universidades y en la Prensa nos proponemos realizar en los países de misión lo que hicieron los primeros padres de la Iglesia, entre los que brilla vuestro doctor San Isidoro, de Sevilla, cristianizando la cultura humanística. El arte es una de las más nobles expresiones del genio de todos los pueblos y una de las más altas manifestaciones sociales y religiosas.

Por tanto, era muy conveniente poner también de manifiesto en España, nación misionera, la labor realizada y la que queda todavía por realizar para cristianizar el arte misionero. En esto se distingue la presente Exposición misional de otras exposiciones misionales que comúnmente se suelen exhibir.

Es, pues, sobremanera bello y digno que esta Exposición renueve aquí, en la católica España, una de las más hermosas manifestaciones del Año Santo; y esto por dos razones: la primera, porque España tuvo en la Exposición Internacional de Arte Sacro, de Roma, una de las salas más apreciadas y significativas; la segunda, porque esta Exposición se inserta admirablemente en el renacimiento cultural y artístico de la España moderna. Basta recordar, entre tantas hermosas publicaciones, las tres monumentales obras *Summa Artis*, *Ars Hispánica* y el *Atlas de las misiones españolas*.

Carácter y significado del arte misionero

Y ahora, señores, permitidme unas palabras para explicar el carácter y el significado del arte misionero.

S. S. el Papa Pío XII, recogiendo y determinando las directrices ultramilenarias de la acción misionera, recomienda el respeto a la cultura y al genio de todos los pueblos. En la Encíclica *Summi Pontificatus*, dice: «La Iglesia de Cristo, fidelísima depositaria de la divina y educadora sabiduría, no puede pensar, ni piensa, en menospreciar las características particulares de cada pueblo, que con delicada piedad y comprensible orgullo custodia y considera como precioso patrimonio.

Innumerables investigaciones llevadas a cabo con amor y sacrificio por los misioneros y exploradores de todos los tiempos atraen el respeto a las más variadas civilizaciones y facilitan la comprensión de los valores espirituales y fecundos para una viva y eficaz predicación del Evangelio de Cristo.

Es, por tanto, evidente que los misioneros deben conocer, respetar y cristianizar no sólo la cultura humanística de los diversos pueblos, sino también el arte, que es una de las expresiones más solemnes, más elocuentes y más populares. El templo no es sólo un monumento arquitectónico; tiene, además, un aspecto religioso y es la voz de un pueblo que cree y adora.

Por eso, la arquitectura debe ser el lenguaje natural de cada pueblo, un lenguaje claro y de fácil comprensión. De ninguna manera se debe imponer a los pueblos una arquitectura dura y exótica.

Dígase lo mismo de las artes figurativas, que en la Edad Media se llamaban la Biblia de los pobres, porque servían para explicar al pueblo inculto los misterios de la fe.

Tres grandes géneros artísticos

La Exposición que hoy inauguramos se divide en tres grandes géneros artísticos: el arte de los pueblos de antigua civilización,

el arte de los pueblos primitivos o de cultura inferior, las artes y oficios de la artesanía. Completan la Exposición dos pabellones especiales: uno, dedicado a las misiones españolas en el mundo, y el otro, reservado a las misiones portuguesas, y es para mí un grato deber expresar mi más cordial aplauso también a los sabios organizadores de estos dos pabellones.

El arte de la India, de la China, del Japón, de Corea, de Indochina, nos conmueve profundamente por su admirable espiritualidad. Según una expresión china, es como una poesía que se ve. El pintor Lucas Cheng, a quien yo bauticé en Pekín en 1932, se expresaba así: «En la pintura china lo que vale no es la representación de las formas como manifestación del pensamiento del artista.»

Nosotros, contemplando estas puras y delicadas composiciones artísticas, pensamos en los primitivos pintores toscanos y recordamos al beato fray Angélico, cuyas pinturas no tienen de corpóreo sino lo estrictamente necesario para hacer resplandecer la luz del alma.

Sobre el naciente arte cristiano de los pueblos de antigua civilización pasa un suave céfiro de primavera y produce el encanto que siempre tiene la juventud. Las obras de los pueblos primitivos son interesantes y nos agradan por la sinceridad e ingenuidad de que están dotadas. Precisamente de España salió el movimiento primitivo de las formas, que se extendió difusamente en el campo del arte. En cambio, sinceramente lo digo, si el balbuceo del niño me parece delicioso, no me agrada en manera alguna el tartamudear de un viejo.

Las producciones de la artesanía manifiestan el genio natural de los diversos pueblos. Favorecemos las artes y oficios de los artesanos, reaccionando contra las producciones de la máquina, las cuales podrán ser perfectas como ejecución, pero están privadas de vida y de auténtica belleza.

Fúlgidos astros de la acción misionera

Y ahora, señores, podemos declarar abierta la Exposición. Pero antes siento la necesidad de elevar el pensamiento a los fúlgidos astros de la acción misionera, de la cultura y del arte, los cuales hacen tan luminoso el cielo de España: Isabel la Católica, Felipe II, Santo Domingo de Guzmán, Beato Raimundo Lulio, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, San Pedro Nolasco, Santo Toribio, Las Casas, Francisco de Vitoria, San Antonio María Claret y tantos otros que sería largo enumerar.

Merece, sin embargo, mención especial Juan Vives, que fué uno de los más eficaces y generosos promotores del Colegio Urbano y de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

¿Y qué diremos de los astros en el arte? Permitidme recordar al menos los preclaros nombres de Francisco Herrera, el Joven; Alonso Cano, Martínez Montañés, Zurbarán, Ribera, Murillo, el Greco, Velázquez y Goya. ¡Cuánta gloria en el campo del arte y de la fe!

La noble hospitalidad que España católica y misionera ofrece a los artistas del mundo misionero es una delicia y perfumada flor de la verdadera hispanidad.

Este acto de gentil hospitalidad señala el largo camino recorrido por las misiones en el campo cultural; pero no debe ser una meta, sino un punto de partida y de marcha hacia nuevas y más espléndidas conquistas *dum omni modo Christus annuntietur* (Phil, 1, 18). (*Grandes aplausos.*)

Discurso del Ministro de Educación Nacional

A continuación, el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso:

Inauguramos hoy, en este marco magnífico de la capital de España, testigo de tantas brillantes manifestaciones del arte nacional, y en presencia de nuestro Caudillo, impulsor incansable de la

mayor vitalidad religiosa y cultural de la Patria, esta espléndida Exposición Misional, que ya en Roma, y a lo largo del inolvidable Año Santo, recreó el ánimo y la sensibilidad de las legiones de peregrinos que rindieron el tributo de su fe y el homenaje de su adhesión a la Santidad de Pío XII. Y fué especial voluntad del Pontífice —al que tan dignamente representáis, excelentísimo y reverendísimo señor— el que todo este inmenso tesoro espiritual y artístico viniera a Madrid, corazón de la que él llamó, desde la altura de su sagrada cátedra, «vieja, fecunda madre de pueblos», la católica España, tensa siempre en el servicio del ideal evangelizador, al que ha entregado las mejores potencias de su ser histórico.

Sea por ello nuestro primer sentimiento el de filial gratitud a la delicadeza del Santo Padre, quien al confiaros, excelentísimo y reverendísimo señor, su representación, nos entrega el honor de teneros entre nosotros, como uno de sus más elevados legados y dignatarios. A vos, cuya alta jerarquía en la organización misional de la Iglesia Católica se aureola con el ejemplo de una existencia larga y fecunda en frutos de expansión evangélica, y que añade a su sin par ejecutoria un título de especial emotividad para esta Patria: aquél que os consagra cada 8 de diciembre a los pies del monumento a la Inmaculada en la romana plaza de España como guía de la colonia española, que, presidida por vos, rinde todos los años a la Santísima Virgen el delicado y profundo «homenaje de las flores»...

Decid al Padre común de la cristiandad que si nuestro reconocimiento a su siempre abierta comprensión para los latidos del alma española es permanente, florece con especial vigor en estos jubilosos días del mes de María, en los que han subido a los altares dos misioneros españoles del Tonkín, en cuyo santo ejemplo palpitan las excelsas virtudes y el celo ardiente por la conquista de almas para Cristo, que ha sido siempre raíz y medula del destino ecuménico del pueblo español.

No es calor de un justísimo amor patrio el que nos hace reclamar un primer puesto en el esfuerzo misionero. Es el camino depurador de la investigación histórica el que así lo proclama: «No hay nación alguna —ha afirmado el ilustre misionólogo holandés padre Peters—, fuera de España y de su hermana en espíritu apostólico, Portugal (que hoy comparte, en fraterno esfuerzo, su entrañable presencia en esta Exposición, como adelantada asimismo de la Propagación de la Fe), que como nación haya extendido y practicado una vocación misionera.» Lo fué así, cuando en la fase inicial de su expansión evangélica, Palestina, al norte de Africa y las Canarias recibieron la lluvia benéfica de su heroísmo misionero. Y con ser grandiosas tales empresas, apenas podemos considerarlas sino como simples ensayos y balbucientes tanteos que precedieron a la mayor proeza misional que conocieron los siglos: la cristianización de América.

Preclaros precursores habían preparado el alumbramiento de tal plenitud expansiva. Si a lo largo de la Reconquista las armas actuaron de auxiliares decisivas en la larga gestación de la unidad política y espiritual de España, mentes privilegiadas de religiosos españoles contribuyeron a crear nuevos métodos de persuasión evangélica.

En pleno siglo XIII, por obra e inteligencia de los tres grandes Ramones —Ramón de Peñafort, Ramón Martí y Ramón Llull—, se imprimen nuevos rumbos a la actividad misionera de la Iglesia. Es San Raimundo de Peñafort quien inspira la obra cumbre —la *Summa contra gentiles*, de Santo Tomás de Aquino—, vibración misional de la Teología del medievo, en tanto que el *Regio Fidei* se edifica sobre el pensamiento del dominico Raimundo Martí, y culmina —esta sin par trilogía— en el fervoroso dinamismo de Raimundo Lulio, evangelizador de musulmanes, propulsor de los colegios de misioneros y modelador en su *Blanquerna* de una de las primeras y más bellas novelas misionales. Con razón pudo decir de él Pío XI, en su Encíclica *Rerum orientalium*: «Aquel

Raimundo Lulio, varón de singular erudición y piedad, que propuso ante nuestros predecesores planes, atendidos los tiempos, audazmente concebidos, acerca de la manera de tratar los negocios y estudios de los orientales...; pero, sobre todo, memorable es el decreto que, a instancias suyas, según se refiere, dió el Concilio general de Viena y promulgó Clemente V, en el cual vemos como diseñado nuestro Instituto Oriental.» Este singular brillo misionero de los tres Raimundos de nuestro siglo XIII se prolonga más tarde en nuestros grandes teólogos de la segunda Edad de Oro de la Escolástica, hasta el punto de que ellos dieron a la ciencia de la expansión evangélica sus cauces teóricos y metodológicos.

La «Conquista espiritual» de América

A secundar el *docete* de Nuestro Señor Jesucristo y el *Fides ex audito* del Apóstol fueron nuestros misioneros a Indias para dar a los pueblos de América —como el otro día señalaba en el mensaje a la nación peruana en ocasión del IV centenario de la Universidad de San Marcos, de Lima— la igualdad más trascendente: la identidad de fe para homogeneizar las almas y permitirles igual coyuntura de salvación eterna.

Si las propuestas de Colón de llevar al Gran Kan el conocimiento de la fe fuerzan el ánimo propicio de los Reyes Católicos a conceder su apoyo al descubrimiento, las instrucciones al almirante recalcan una y otra vez lo que, en frases indelebles para la Historia, consigna el Codicilo de Isabel I —que ocupa un lugar destacado en esta Exposición, por ser de justicia, que en el V centenario del nacimiento de la mejor reina de España proclamamos una vez más la excelsitud del nobilísimo misionero de su alma transida de fervor católico—, mandato perenne para la acción de la Corona en las legendarias tierras de América: «Por cuanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica, las Yslas y tierra firme del Mar Oceano..., nuestra principal intención fué, al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro Sexto...,



procurar de inducir a traer los pueblos dellas e los convertir a nuestra Sancta Fe Católica y embiar a las dichas islas a tierra firme prelados y religiosos y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos y moradores dellas en la fe católica e los enseñar o doctar de buenas costumbres...»

Y no satisfecha la Reina Católica, mandó a su marido e hija que así lo hicieran, y cumplieran con la mayor diligencia, y «que éste sea su principal fin». Como un eco de tan augusta cláusula, los reyes de España persistieron en su voluntad misionera como negocio el más importante de su Imperio. Su celo apostólico les llevó a repetir sin descanso —con ese tono paternal y admonitorio tan típico del modo español de entender el Gobierno— en cédulas y cartas la fundamental labor de cristianizar a los nuevos pueblos descubiertos y pacificados. Referencias y citas pudieran multiplicarse a este respecto; pero preferimos que sea el testimonio del insigne jurista indiano Solórzano Pereyra quien la resuma en estas expresivas palabras dirigidas a Felipe IV: «En todas partes conozcan que a Vuestra Majestad y a sus gloriosos y no menos poderosos que católicos progenitores les pareciera pequeña hazaña haber añadido tan grande y dilatado Imperio a los suyos, si no hubiera procurado y procuraran establecerlo y conservarlo con leyes puras, santas y justas, y con saludantes costumbres y enseñanzas... Esto... pienso que en ninguna se ha practicado con mayor vigilancia que en las provincias de las Indias donde descubren la grande y continuada piedad de Vuestra Majestad y de sus pasados tantas y tan bárbaras y fieras naciones reducidas a la Iglesia de Cristo.»

Estirpe hispana de la Congregación de Propaganda Fide

Espléndido testimonio, que, cual los de Acosta, Torquemada, Vitoria, Castro, Suárez, Avendaño y una falange más de teólogos y juristas, dieron a la ciencia misional, lo mismo en su aspecto histórico descriptivo como en el doctrinal, aportaciones aun no

superadas a la Iglesia. Para corroborar esta afirmación nos gustaría citar que la misma Congregación de Propaganda Fide —en la que vuestra eminencia reverendísima monseñor Constantini sois alma y espíritu tan eficaz— erigida por Gregorio XV en 22 de junio de 1622, tiene sus claros antecedentes en los ya mencionados esfuerzos de Raimundo Lulio, en los anhelos precursores de ilustres hombres españoles, cuales los de San Francisco de Borja con San Pío V, en los de los carmelitas Jerónimo de Gracián y Pedro de la Madre de Dios, Domingo de Jesús María y fray Tomás de Jesús, quienes sintieron de diverso modo, pero con semejante afán, la necesidad de dicha Congregación misionera. Y cuando ésta se fundó, su primer seminario —el del histórico Colegio Urbano— va unido a la evocación del sacerdote valenciano Juan Bautista Vives, quien otorgó su palacio Forratino para su sede, y fundaciones para doce futuros misioneros.

Apóstoles de Indias

Para cerrar esta relación dorada de nuestras figuras misioneras de resonancia universal debemos mencionar asimismo los nombres gloriosos de los evangelizadores indianos —aquellos a los que se entregó la difícil tarea de transformar intensivamente las grandes masas de población semicivilizada, que pervivían entre las ruinas de los imperios azteca o inca, en greyes cristianas, acogidas al divino regazo de la Iglesia— como el arzobispo fray Juan de Zumárraga, el lego fray Pedro de Gante, fray Martín de Valencia —quien con sus doce compañeros apóstoles (entre los que figura el insigne fray Toribio de Benavente, «Hontolinia»), realizó la magna tarea de la evangelización de la Nueva España—; fray Vicente Valverde —«conquistador espiritual» del Perú—, fray Jerónimo de Mendieta —eximio historiador y magnífico misionero—; el grandioso, discutido y discutible Obispo de Chiapa, Bartolomé de las Casas, cuyo indudable celo apostólico exasperado a veces, ha sido utilizado en ocasiones por los enemigos de España, y legión más que, como Juan de Rivadeneyra o fray Luis de Bolaños y los artífices

de las ejemplares reducciones jesuíticas del Paraguay, en las tierras del Plata, o el padre Kino y el insigne fray Junípero Serra en las ubérrimas comarcas californianas, fueron punteando, de una a otra esquina cardinal, el grandioso mapa de América para sembrar de cruces y de capillas las selvas y los desiertos de las fabulosas Indias.

No quisiera producir vuestro cansancio. Pero permítaseme la evocación católica y humanística de un pasaje de nuestra historia misional que vale por sí solo más que cien antologías: aquella carta, toda sencillez y sinceridad, que en 1579 enviaba fray Antonio de Zúñiga a la majestad de Felipe II, compendiando en sus líneas todo el inmarcesible heroísmo de aquellos enviados de Cristo: «Suplico —decía el buen franciscano— a Vuestra Majestad humildemente considere que ha veinticuatro años que le sirvo en esta tierra, y que por descargar vuestra real conciencia estoy muy menoscabado de mi persona, por haber andado a pie muchas leguas por tierras calientes y frías, montañas y ciénagas, sierras y valles, bautizando, casando, confesando y administrando los Santos Sacramentos, y predicando la palabra de Dios a los indios; de lo cual se me han recrecido muchas y graves enfermedades, de las cuales estoy tal que con no pasar de cuarenta y tres años, me juzgan los que me ven de más de sesenta; por lo cual suplico a Vuestra Majestad mande al provincial... me dé licencia para irme a Castilla a descansar y a meterme en un rincón de un convento para aparejarme a morir...» ¡He aquí el temple del español misionero, jamás superado en las lides ecuménicas de las batallas por la doctrina de Cristo!

España en Oriente

Las quillas de las naos de Magallanes, Elcano, Urdaneta y Legazpi abrieron al pletórico espíritu evangelizador de España las misteriosas islas del Oriente. «Pasma —como ha dicho, felizmente, el padre Bayle— el ardor de los misioneros, que en bandadas se ofrecen a la jornada peligrosísima, incomparablemente más dura

que la de América...» Y es que toda esa prodigiosa geografía del Japón, la China, Filipinas, Salomón y otros tantos nombres que fulguran en el lejano Pacífico era surco arriesgado para probar el recio temple del alma católica peninsular, donde religiosos de Portugal y de España habían de escribir con sus gestas la incomparable epopeya misional de Oriente. Escenario maravilloso, en el cual resplandecen ante la Historia las hazañas legendarias del gran San Francisco Javier —en cuyo centenario también nos hallamos— en su glorioso periplo de Portugal a Goa y a la Pesquería, a la isla del Moro, a la costa nipona y al litoral chino —donde encontrará la muerte entre divinas impaciencias que consumían su fuego misional—, abriendo a su paso profundos surcos depositarios de fecunda semilla cristiana. En lo alto de sus naves no flameaban los leones y castillos de España, sino las quinas de Portugal, pues, para común gloria de ambas patrias ibéricas, el insigne jesuíta navarro hizo un romance de sabores católicos en las lejanas tierras de Asia, a la sombra de insignias y espadas lusitanas.

Y un sutil lazo espiritual enhebra su recuerdo heroico con el de los dos obispos dominicos, Díaz Sanjurjo y García Sampedro, a quienes hace tan sólo unas semanas la Santa Madre Iglesia concedía el honor supremo de la santidad.

Portugal, evangelizador

Destinos gemelos los de los dos pueblos ibéricos, habían de florecer en hermanas inquietudes. A lo largo de mis palabras he requerido vuestra atención sobre esta fraternidad de esfuerzos misioneros de Portugal y España. Cuando desde la atalaya atlántica del cabo de Sagros el insigne Don Enrique el Navegante columbró en porfía de ciencia y de heroísmo el venturoso porvenir del conocimiento del Africa, sus marinos irían, como los españoles, a las recónditas tierras descubiertas, con estandartes de doble faz: las armas nacionales de un lado y el signo de la cruz de otro.

Más tarde, la India fabulosa y las islas de la Especiería apren-

derían la doctrina de Cristo de labios lusitanos. Del Congo al Brasil el ardor apostólico de Portugal no conoció treguas ni reposo; esos nombres de epopeya que son Socotora, Mozambique, Angola, Goa, Ceilán, Molucas, Macao... van indisolublemente enlazados a los de los misioneros Almeira, Cosme de Torres, Mancilla y muchos más que pueden simbolizarse en aquel otro, cuya invocación campea en el frontis del pabellón portugués de esta Exposición: el glorioso beato Joao de Brito, jesuíta, quien en la segunda mitad del siglo XVII asombró con su ejemplo, de doble martirio, a una cristiandad concedora de heroismos y sacrificios difíciles.

La obra misional del Estado Español

Todavía debiera entrar en el apretado tramo de nuestro relato la singular labor misionera realizada por España en Tierra Santa. La historia de la obra de su custodia se halla transida de ese riguroso espíritu franciscano —trenzado de caridad y de martirios—, que ha sabido mantener enhiesto el pabellón de la cruz en esa tierra de infieles, y en gracia de tan singular esfuerzo la procuraduría general de la Obra está concedida siempre a un religioso español.

Parroquias, escuelas y asilos esmaltan el marco siempre arriscado de un apostolado difícil, que sirve a la vez de prestigio y defensa de la Iglesia católica en los Santos Lugares, patria espiritual de cuantos profesamos la fe de Cristo. Con ella, las misiones de los franciscanos en el Norte de Africa y la de los claretianos en Guinea y en Fernando Poo muestran la vitalidad perenne del espíritu apostólico de España en los tiempos presentes.

También me cumple resaltar en esta jornada solemne que el actual Estado español sigue prestando —por títulos de tradición de hondo convencimiento— su más decidido apoyo a la obra evangelizadora. El Consejo Superior de Misiones, vinculado al Ministerio de Asuntos Exteriores —con tarea relevante e incansable en apoyo de la Congregación de Propaganda Fide—, el Seminario de

Misiones de Burgos, las Casas de formación de todas las Ordenes religiosas y el Instituto de Misionología de Santo Toribio de Mongrovejo— ceñido a la advocación del insigne Arzobispo de Lima, a cuyo apostólico empuje se debe la más grande transformación de la Iglesia en Indias; de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el cual, a través de su revista *Missionalia Hispánica* y de sus excelentes publicaciones monográficas, está contribuyendo con diáfano esfuerzo científico a resaltar la magnitud histórica de nuestra ejecutoria misional, son pruebas inequívocas de estos propósitos.

Por ello —y con el ejemplo de esta magnífica Exposición que vamos a recorrer— no os será difícil, excelentísimo y reverendísimo señor, cuando regreséis a Roma, hacer patente al Sumo Pontífice, cuyo corazón sabemos atribulado por tanto problema como el mundo actual ofrece a su preocupación, que en un rincón del occidente de Europa, es España a la que él ha llamado «tierra de santos», permanece fiel a su destino católico y misionero, con fe y reciedumbre parejas a las que en otros siglos alumbraron tantos días de gloria para la Iglesia y para su Historia. Y que ello es posible por el esfuerzo vigilante de un Jefe de Estado que ha puesto siempre su espada —una de las más limpias del mundo— y la pasión inteligente de su esfuerzo político al servicio de una concepción netamente cristiana de la función del Poder y del destino histórico de su pueblo. Porque, en definitiva, también es misión —y misión de la mejor estirpe— confesar en las leyes, en las costumbres y en los objetivos, que en este mundo atormentado de nuestros días permanece en pie un Estado que confiesa a Dios en el comienzo y en el fin de su servicio a la Patria. (*Gran ovación.*)

Terminado el discurso del Ministro de Educación Nacional, el Jefe del Estado y sus acompañantes visitaron detenidamente todas las salas del certamen.

La Exposición de Arte Sacro Misional

Por concesión especial de Su Santidad el Papa, la Exposición de Arte Sacro Misional, celebrada en Roma durante el Año Santo, ha sido trasladada a España, primer país, después de Italia, donde se instala. En su organización ha intervenido el Ministerio de Educación Nacional, en colaboración con el de Asuntos Exteriores. Portugal y España, que no concurren a la Exposición de Roma, han querido sumarse con su aportación especial al certamen inaugurado en Madrid.

Más de dos mil objetos se exhiben, agrupados en dos grandes secciones: pueblos de cultura primitiva, como Africa y Oceanía, y pueblos de cultura antigua, como Japón, India, China, Indochina, Corea, etc. Cada uno con sus salas propias y particulares. Además existen las secciones de Portugal y España, y el vestíbulo, pórtico impresionante del Certamen. En el frontis de entrada campea, en una admirable fotomontaje, un retrato de la venerable figura del Papa, de seis metros de altitud, abiertos los brazos en suprema expresión implorante, flanqueada a ambos lados por indígenas de los países misionales; a sus pies, en semicírculo, las treinta tablas jeroglíficas en que los lapones han expresado el Credo, y a la altura de la cabeza del Santo Padre, y también en semicírculo, a modo de sobrenatural aureola, las famosas palabras pontificias sobre las misiones: «Los católicos indígenas deben ser verdaderamente miembros de la familia de Dios y ciudadanos de su reino, pero sin dejar de ser también ciudadanos de su patria terrena.» Todo ello montado sobre un colosal paño donde se dibujan, a la manera pictórica mural de Sert, el mapa de los Continentes misionales. Las dos grandes hornacinas fronteras centrales, bellamente iluminadas, encierran cada una cuatro emblemas de los países misioneros, reproducidos en preciados dibujos de fina marquetería. Junto a la entrada, y sobre las puertas de las salas de Portugal y Espa-

ña, sendos paños que reproducen, similarmente al mencionado, los mapas de las tierras evangelizadas por San Juan Brito y San Francisco Javier, a cuyas figuras, en bellos fotomontajes, sirven de fondo. De una a otra, y en semicírculo también sobre la entrada del vestíbulo, otra teoría de tablas, alargadas y esbeltas, con la curiosísima Mariología indígena del mundo misionero. El alto zócalo va cubierto con fotografías de las misiones, diferentes y variadas, interesantes y atrayentes. En el centro de la amplia sala, un monumental esquema del Triunfo de la Cruz, donde, sobre un magno globo terráqueo, revestido de pintura fluorescente, se alza el signo de nuestra Redención, blanco y esbelto, remontándose hasta las alturas, que se ven rematadas en toda su amplitud por un planisferio celeste, pintado también de fluorescencia.

Al vestíbulo abren las salas de las diferentes secciones.

Africa y Oceanía

Los pueblos de cultura primitiva se agrupan en dos secciones: Africa y Oceanía. La primera consta de cuatro salas. Una dedicada a Jesucristo en su vida, pasión y muerte. Otra, a la Virgen, en los actos y misterios de su vida. La tercera, a iconografía y ornamentos, y la cuarta, a Nacimientos, Adoración de los Reyes Magos e infancia de Jesús. Entre las obras notables merecen destacarse un Vía Crucis, magnífico, de Nigeria, en madera; una Virgen de terracota, inspirada en un fetiche pagano, y un cortejo de Reyes Magos negros, africanos auténticos, hasta el punto de presentarlos con la cabeza oblonga, signo de nobleza y sabiduría en algunas tribus africanas, y un Nacimiento, en marfil, donde el Niño Jesús es un africanito.

Oceanía tiene dos salas. En una se expone un Cristo tallado en un leño de árbol, a la manera de los antiguos «tabú» que los indígenas colocaban a las puertas de sus casas para que protegiesen a la familia. Y una Virgen que es una mujer del lugar, con la cara y los vestidos de una indígena, y otra que es talmente una herma-

na misionera. Además, una serie numerosa de Cristos de diversos tamaños, formas y actitudes, en ébano, de arte propiamente negro, pero verdaderas maravillas algunos.

Llaman la atención un San Francisco predicando a los pájaros, tallado en bloque de madera con delicadeza artística, y una escultura de San Pedro, en bronce, en su remordimiento por la negación del Señor. Lleva un gallo al lado, y todo el grupo, por su expresión, es maravilloso.

A su tamaño natural ha sido reproducida en toda su originalidad la capilla de Rabaul, templo católico.

Extremo Oriente

Agrupar las secciones de China, Viet-Nam, Corea y Japón. Los objetos chinos se agrupan en dos salas, magníficamente ambientadas con luz profusa y floridos almendros, y en ellas el arte se reduce casi exclusivamente a la pintura. De los cuadros, los más interesantes son las Vírgenes. En China, como en Japón, se dan a las representaciones de Nuestra Señora las más fascinantes expresiones de la proverbial belleza oriental. Algunas recuerdan a la bellísima diosa Kuanin. Hay una Anunciación prodigiosa, que representa a la Virgen en sus labores domésticas, cosiendo. Y una acuarela muy notable representa a San José regresando del trabajo. Varias Huídas a Egipto y varios Nacimientos, de excepcional mérito.

Al Viet-Nam o Indochina se dedican otras dos salas. A la entrada, un templo magníficamente realizado. Aquí se exhiben tapices de rafia y numerosas pinturas, realizadas por uno de los primeros pintores indígenas.

En la sala de Corea se muestra un tríptico a la acuarela que representa a la Virgen entre los mártires coreanos, obra destinada a la Catedral de Seul, hoy destruída en la actual contienda. La imagen de Nuestra Señora es la de una auténtica coreana, a semejanza de las mujeres indígenas.

Japón ofrece, como China, principalmente cuadros, de ellos algunos muy interesantes, como la Anunciación, el Nacimiento, San Francisco Xavier en Yamaguchi y los mártires japoneses.

La India

Este vastísimo continente exhibe el mayor número de objetos de arte sacro misional, repartidos entre sus cuatro salas. En una de ellas se muestra la maqueta de una iglesia en estilo indio, de singular mérito y belleza, construída a petición del Delegado apostólico, Internuncio de Su Santidad en la India, como una sugerencia provechosa.

De escultura, cultivada con menos éxito que la pintura, se exhiben una preciada y artística colección de imágenes de marfil representando al Señor, la Virgen y diferentes santos. Entre todas las obras se destaca una escultura que representa al Señor como un maestro indio que ha renunciado al mundo; camina sobre una flor de loto y tiene sus ojos dulcemente entornados para dar a entender a todos que no le atraen las cosas del mundo, porque no son de ningún valor sustancial, como lo enseña la antigua filosofía de la India.

La pintura tiene la más nutrida representación. Sobresalen los lienzos y acuarelas de Angelo da Fonseca, hijo del pintor bengalés Abhinandranath Tagore, que comenzó a pintar asuntos cristianos en estilo indio con gran maestría. Fonseca es considerado hoy como el patriarca de los pintores indios cristianos. Ha tenido numerosos discípulos, todos ellos de pura cepa india, aunque con apellidos europeos desde que se convirtieron al cristianismo.

Portugal y España

Fronteras se encuentran las salas de Portugal y España. Exhibense en la primera setenta y dos objetos, obras interesantísimas

del arte misional del Brasil, Mozambique y otras antiguas colonias lusitanas. Crucifijos del siglo xvii, estatuas, casullas, ornamentos y objetos de culto. Dos famosos cuadros del siglo xvii muestran la partida de San Francisco Javier desde Lisboa y su llegada a Goa. Hay una vitrina con libros y documentos de gran valor y la cruz procesional que presidió la primera misa en el Brasil, así como la sandalia de San Francisco Javier, propiedad de la Compañía de Jesús, y el crucifijo que llevó San Juan Brito para misionar.

España exhibe, junto a los más bellos cuadros y tapices, a las tablas de nácar y a la marfilería, sin rival en el mundo, numerosos libros y documentos, guardados en la Biblioteca Nacional y en el Archivo Histórico Nacional, que constituyen su mejor ejecutoria misionera. Y entre ellos, en lugar de honor, el Codicilo de la Reina Católica y el Catecismo de Fray Pedro de Gante, primero que se explicó en América. Entre los objetos notables merecen citarse los bastones de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier y el venerado Cristo llamado del Cangrejo, que portó a la India el misionero jesuíta navarro, propiedad hoy del Patrimonio Nacional.

* * *

La primera Exposición de Arte Sacro Misional fué inaugurada con grandioso éxito en Roma, como una de las más importantes manifestaciones oficiales organizadas por la Santa Sede en el Año Jubilar de 1950.

Por especial designio de Su Santidad Pío XII, España ha sido la primera etapa de la jira de esta manifestación artístico-misional, que será a continuación trasladada —a petición de los Gobiernos respectivos y de numerosas Asociaciones religiosas y seculares— a los siguientes países: Francia (París, primavera de 1952), a Norteamérica (Nueva York, Filadelfia, Boston, Chicago, Los Angeles), en 1952-53, y después, a Viena, Munich y Estocolmo.

Acompaña la Exposición el Rvdo. P. Luigi Bernardi Masini, del Instituto San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, como

enviado y representante de S. E. Monseñor Celso Constantini, Secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, para asesorar técnicamente al Comité organizador.

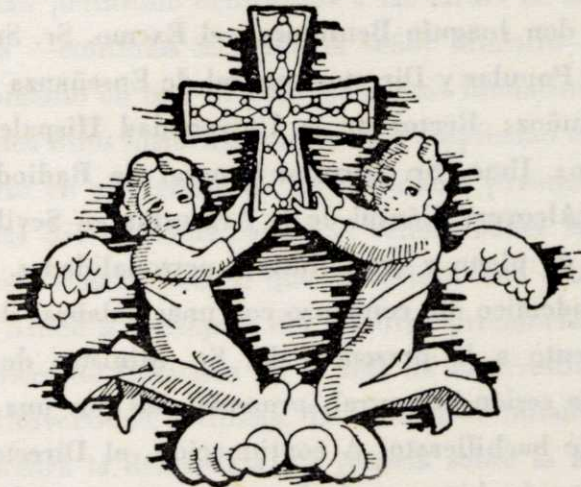
El P. Bernardi Masini estuvo ya en Africa, encargado de la recogida de material propagandístico y etnográfico de aquellas regiones. Desde 1940 hasta 1946 prestó servicio militar en la asistencia religiosa a la Marina italiana.

En 1948 inició la organización de la Exposición Misional, a las órdenes de Monseñor Celso Constantini, creador del certamen y principal artífice de la campaña para el desarrollo del arte cristiano en las Misiones.

El P. Bernardi Masini se ve asistido en su labor por su secretario, el Sr. Dino Síndaco, agregado de prensa de la Exposición.

En Roma el certamen fué visitado, durante cuatro meses de actividad, por 20 Cardenales, 500 Obispos de todo el mundo, Jefes de Estado y Ministros de diferentes países, y por cerca de medio millón de personas.

En España, apenas inaugurada la Exposición, el éxito más arrollador ha coronado todos los esfuerzos y superado todos los cálculos.



EN SEVILLA SE INAUGURA EL NUEVO INSTITUTO FEMENINO «MURILLO»

EL día 28 de mayo se celebró en Sevilla la inauguración del nuevo Instituto Femenino «Murillo». Presidió el acto de inauguración el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, y asistieron también el Excmo. Sr. Ministro de Hacienda, don Joaquín Benjumea; el Excmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular y Director general de Enseñanza Media, don Luis Ortiz Muñoz; Rector de la Universidad Hispalense, doctor García Oviedo; Ilmo. Sr. Director general de Radiodifusión, señor Guijarro Alcover; Cónsul de la Argentina en Sevilla, claustro de profesores en pleno y otras ilustres personalidades.

El acto académico dió comienzo con unas palabras de salutación y agradecimiento a la presencia del Sr. Ministro de Educación Nacional en la sesión inaugural, pronunciadas por una alumna de sexto curso de bachillerato. A continuación, el Director del Centro, señor Genovés, hizo uso de la palabra para señalar la importancia de la educación femenina y de la atención prestada por el Estado español a su desarrollo.

Discurso del Ministro de Educación

El Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, pronunció un discurso.

Comenzó recordando las vicisitudes del edificio que alberga hoy suntuosamente al Instituto Femenio de Segunda Enseñanza «Murillo». Creación arquitectónica de una de las más acertadas figuras de las Bellas Artes del país argentino, el doctor Martín Noel, supo recoger en su organización no sólo los bellos elementos tradicionales constructivos de la época virreinal, sino también engazarlos adecuadamente en una ciudad de arquitectura tan peculiar como es Sevilla y con una vecindad de máxima belleza cual son los jardines del parque de María Luisa.

El señor Ibáñez Martín, saluda muy especialmente al señor Fábrega, Cónsul de la República Argentina en Sevilla, rogándole que transmita a su Gobierno, una vez más, el agradecimiento de España y que sea portavoz de cómo la noble finalidad de cesión que su país impuso al donar tan hermoso edificio había sido cumplida por el Generalísimo Franco una vez que la guerra y la victoria nos han permitido dedicarnos a las tareas de la paz.

«España —continúa diciendo el señor Ministro— se encuentra en este momento en uno de esos momentos fundacionales, y es síntoma de estos hitos históricos un margen amplísimo de nobles ambiciones, tanto en el terreno de las realidades prácticas y materiales como en las del espíritu. Señala el señor Ibáñez Martín la semejanza de este renacer con el que históricamente centran los Reyes Católicos. Alude a conceptos del discurso pronunciado ayer por el señor Ministro de Hacienda en el acto de su investidura como doctor de la Universidad sevillana. La unidad de intenciones rectoras; el orden contra la demagogia; la justicia sobre la arbitrariedad, y un sentido de nobles ambiciones en el engrandecimiento de la Patria, dieron ocasión a Doña Isabel y a Don Fernando, no ya a constituir los fundamentos indestructibles de la unidad española

—puede decirse que entonces nace España en su integridad espiritual—, sino a realizar la epopeya de mayor trascendencia universal con el descubrimiento y la evangelización de las Américas.

Cualquier punto de los copiosísimos que el reinado de aquella excelsa Reina nos presenta, sería adecuado para traerlo aquí a la atención de este acto presidido por el encanto juvenil y expectante de las alumnas de este Instituto. Se extiende el señor Ministro en consideraciones sobre las calidades humanas y acusadamente femeninas de la Reina Doña Isabel. Puntualiza sus tareas de Reina unidas a las virtudes del hogar tradicional español; su aplicación y trabajo para funciones de Gobierno que la llevan ya, incluso en plena madurez, al estudio y conocimiento de la lengua latina; su entereza como madre ante las adversidades con que el destino probó su temple cristiano de mujer excepcional y madre desgraciada.

En la espiritualidad de estas nobles ambiciones, y parejas a las de aquella Reina feliz, se encuentra nuevamente España por designio del Generalísimo Franco. Este Instituto es un jalón más, y de los más responsables, puesto que en él se forman física, intelectual y moralmente los mujeres de esa España del mañana, que desde su hogar han de regir, a través de la familia, los destinos de la Patria, para la cual todas las más altas y nobles ambiciones nos parecerán exiguas.»

El Ministro de Educación Nacional felicitó al claustro del Instituto, y muy particularmente a su Director, señor Genovés, que le había precedido en el uso de la palabra. Igualmente agradeció cuantas colaboraciones se han recibido para el feliz logro que hoy enorgullece a Sevilla con este nuevo Centro docente. Terminó con los gritos de «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!»

Terminado el discurso del Ministro, el señor Ibáñez Martín recorrió todas las dependencias del Instituto, acompañado del claustro universitario, Subsecretario de Educación Popular, Gobernador civil y Alcalde de la ciudad.

VII FERIA NACIONAL DEL LIBRO EN LA CASTELLANA

MADRID ha visto inaugurada su VII Feria Nacional del Libro Español. Iniciadas en 1944, sólo interrumpióse su celebración en 1950. En 1946 trasladóse a Barcelona, y en 1948 a Sevilla, con motivo de cumplirse el séptimo centenario de la conquista de la ciudad por el Rey Santo.

La VII Feria está emplazada en el Paseo de la Castellana, en el tramo comprendido desde la plaza de Colón a la calle del Marqués de Villamagna, y las casetas se encuentran instaladas en ambas calzadas. Se han montado 101 instalaciones por la Sección de Arquitectura de la Dirección General de Propaganda. El Ayuntamiento de Madrid ha erigido un interesante pabellón especial, que evoca una capilla románica del siglo XII, fecha que corresponde a la del «Poema del Cid», cuyo valiosísimo ejemplar, que posee el ilustre bibliófilo don Roque Pidal, es expuesto en lugar de honor en este singular pabellón de la feria madrileña.

También en la misma instalación se exhibe otro glorioso testimonio de la Historia española: el diario del Alcázar de Toledo,

creado emocionadamente en los días en que el insigne monumento, baluarte invencido del heroísmo español, sufría el asedio rojo.

Concurren asimismo con sus producciones editoriales Méjico, Portugal y Francia. La Oficina de Información de la Feria, a cargo del Instituto Nacional del Libro Español, ofrece los catálogos, esmerada y cuidadosamente editados. La portada recoge el cartel, obra de José Caballero, que representa una estilizada figura femenina apoyada en una columna de mármol y en actitud de leer. En el recinto figura la estafeta postal y telegráfica, al cuidado de la Dirección General de Correos y Telecomunicación, donde se admite y despacha toda clase correspondencia y se expenden tres modelos de sobres alegóricos de la Feria, en edición numerada especialmente. El matasellos que se utiliza lleva estampado: «Feria Nacional del Libro 1951. Madrid.»

Los centros oficiales acuden con sus instalaciones. La Dirección General de Propaganda, con su Sección de Ediciones. El Instituto Nacional de Estadística y el Ministerio de Agricultura, con unos hermosos pabellones para exponer y vender sus publicaciones.

Concurren asimismo el Instituto de Cultura Hispánica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Ministerio de Industria y Comercio, Editorial Naval, Instituto de Estudios Políticos, Instituto Nacional de Previsión, Editora Nacional, Ministerio de Justicia (publicaciones), Delegación Nacional de la Sección Femenina, Delegación Nacional de Sindicatos, representada por el Sindicato Nacional del Olivo e Instituto Nacional de Estadística.

A la inauguración de la Feria, celebrada en la mañana del domingo 3 de junio, concurrieron los Ministros de Educación Nacional, Justicia y Aire; Director general de Propaganda y Prensa, don Pedro Rocamora; alcalde de Madrid, conde de Santa Marta; Embajadores de Portugal y Francia, presidente del Instituto Nacional del Libro, tenientes de alcalde y diputados provinciales y otras personalidades y representaciones oficiales.

Se inició el acto con la entrega al alcalde del original del «Poema del Cid» y del «Diario del Alcázar», por su guardador,

don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós, quien pronunció unas palabras. El alcalde le dió las gracias en nombre de Madrid, y depositó los dos ejemplares en la capilla románica construída en el recinto de la Feria.

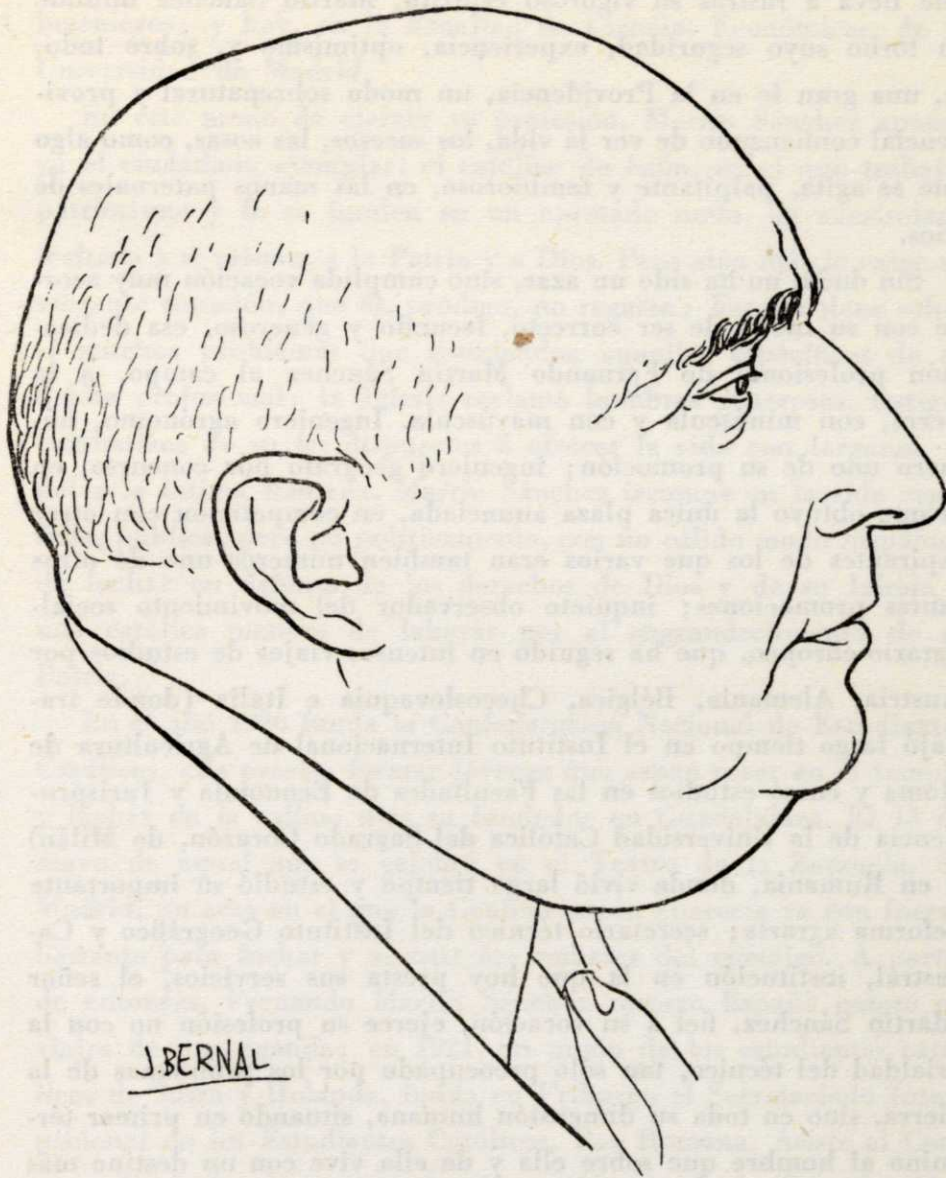
Terminado el acto, los Ministros y personalidades, acompañados del Director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, recorrieron las instalaciones.



LA GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATOLICA, AL DIRECTOR DEL COLEGIO MAYOR DE SAN PABLO

EL Jefe del Estado ha concedido a don Fernando Martín Sánchez-Juliá, presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y director del Colegio Mayor Universitario de San Pablo, la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Don Fernando Martín Sánchez-Juliá, desde hace dieciséis años presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, nació el 20 de diciembre de 1899. Vive hoy, por tanto, el año cincuenta y uno de su existencia. Es difícil recorrer en apretada síntesis lo que ha sido esta vida ejemplar, plena de serena inquietud y ponderada combatibilidad; los méritos que ha acumulado en el orden profesional y la ingente labor que ha llevado a cabo como patriota fervoroso y entendido católico. Leal ante todo y sobre todo a sí mismo, a su propia conciencia, a la íntima convicción, a esa voz secreta, versión humana de un eco divino, que grita en cada instante por qué lealtad hemos de inclinarnos cuando, como tantas veces ocurre, nos reclaman opiniones dispares en aparente encrucijada; o, lo que es peor, cuando las tres concupiscencias nos piden, pura y simplemente, deslealtad, Fernando Martín Sánchez



J. BERNAL

D. FERNANDO MARTÍN SÁNCHEZ JULIÁ

se muestra como un símbolo, un arquetipo de lo que debe ser un hombre fiel a su vocación profesional, a su Patria y a su fe. Victorioso en tantas difíciles lides, vencedor hasta de la vida física que lleva a rastras su vigoroso espíritu, Martín Sánchez infunde en torno suyo seguridad, experiencia, optimismo y, sobre todo, fe, una gran fe en la Providencia, un modo sobrenatural y providencial confianzudo de ver la vida, los sucesos, las cosas, como algo que se agita, palpitante y tembloroso, en las manos paternas de Dios.

Sin duda, no ha sido un azar, sino cumplida vocación muy acorde con su modo de ser correcto, fecundo y generoso, esa dedicación profesional de Fernando Martín Sánchez al campo, a la tierra, con minúscula y con mayúscula. Ingeniero agrónomo, número uno de su promoción; ingeniero geógrafo por concurso, en el que obtuvo la única plaza anunciada, en competición con otros aspirantes de los que varios eran también números uno de otras tantas promociones; inquieto observador del movimiento social-agrario-europeo, que ha seguido en intensos viajes de estudios por Austria, Alemania, Bélgica, Checoslovaquia e Italia (donde trabajó largo tiempo en el Instituto Internacional de Agricultura de Roma y cursó estudios en las Facultades de Economía y Jurisprudencia de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán) y en Rumanía, donde vivió largo tiempo y estudió su importante reforma agraria; secretario técnico del Instituto Geográfico y Catastral, institución en la que hoy presta sus servicios, el señor Martín Sánchez, fiel a su vocación, ejerce su profesión no con la frialdad del técnico, tan sólo preocupado por los problemas de la tierra, sino en toda su dimensión humana, situando en primer término al hombre que sobre ella y de ella vive con un destino más alto que ella misma. Su actividad y su pensamiento se enfocan hacia los problemas social-agrarios, y una y otro los expande en su torno con publicaciones (como el documentado volumen *La Reforma Agraria italiana y la Futura Reforma española*), conferencias (aun no hace un mes que ha dirigida un curso monográfico sobre política agraria en el Instituto Social León XIII), desde la

prensa (aquellos tiempos en que era redactor agrario de *El Debate*) y desde la cátedra; primero, en el Centro de Estudios Universitarios, donde desempeñó la de Política Agraria, teniendo como auditorio catedráticos, subsecretarios, registradores de la propiedad, ingenieros; y hoy, en la Facultad de Ciencias Económicas, de la Universidad de Madrid.

En este modo de ejercer su profesión, Martín Sánchez apunta ya el ciudadano ejemplar, el católico de cuño, en el que trabaja, patriotismo y fe se funden en un apretado nudo, en «acrisolada lealtad» a sí mismo, a la Patria y a Dios. Pero algo más le exige su vibrante vocación, que él, pródigo, no regatea: España tiene sobre sí muchos problemas que trascienden aquellos específicos de su órbita profesional; la Iglesia reclama hombres generosos, testigos combativos de su fe, dispuestos a ofrecer la vida con largueza. Y fiel a la íntima llamada, Martín Sánchez irrumpe en la vida española, pública, pero no políticamente, con un cálido modo hispánico de luchar en defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia y una católica manera de laborar por el engrandecimiento de su Patria.

En el año 1920 funda la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos. «Es preciso formar jóvenes que sepan rezar en el templo y luchar en la calle», dirá su fundador en Guadalajara. El 13 de mayo de aquel año se celebró en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, un acto en el que la Confederación aparecía ya con fuerza bastante para luchar y resistir los embates del enemigo. A partir de entonces, Fernando Martín Sánchez recorre España entera en viajes de propaganda; en 1921, en unión de los estudiantes católicos de Suiza y Holanda, funda en Friburgo el Secretariado Internacional de los Estudiantes Católicos, Pax Romana. Asiste al Congreso fundacional y ocupa la vicepresidencia de la Organización. En 1922 se declara oficialmente, por su iniciativa, fiesta del estudiante el día 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, que era la fiesta titular de la Confederación. Su iniciativa había sido propuesta a la Asociación de Catedráticos de Santo Tomás, de la Universidad de Madrid, de cuya Junta Directiva fué Martín Sán-

chez nombrado miembro en representación de los estudiantes. Organiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes en Zaragoza; en 1925, pasa a ocupar la presidencia de Pax Romana. Al terminar sus estudios abandona la presidencia de la Confederación, pero la Asamblea celebrada en la Universidad de Valladolid le nombra presidente honorario y presidente del Consejo Asesor de la misma. De aquí que siguiese las catorce Asambleas celebradas en Zaragoza (1923), Sevilla (1924), Valencia (1924), Valladolid (1925), Granada (1926), Salamanca (1927), Oviedo (1928), Barcelona (1929), Madrid (1930 y 1931), Cádiz (1932), Valencia (1933), Madrid (1934) y Murcia (1935) de las que tantas orientaciones fundamentales emanaron en relación con la vida universitaria de la nación.

Por tener que desplazarse a Italia no le fué posible aceptar el cargo de Primer Presidente de la Juventud de Acción Católica Española que le ofreció la autoridad eclesiástica al dejar la presidencia de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos; pero representó a aquélla en los dos Congresos de las juventudes italianas celebradas en Roma. Ya de vuelta, fué varios años miembro del Consejo Nacional de las Juventudes de Acción Católica.

En el año 1924 el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá ponía sobre su pecho el distintivo de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la que es presidente hoy desde el año 1935, tras una doble reelección en los años 1941 y 1947.

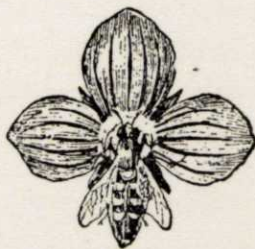
Toda esta actividad se ha desarrollado paralelamente a una incansable labor de publicista («Una poderosa fuerza secreta: la institución libre de enseñanza», «Ideas claras», etc.), conferenciante y periodista (redactor en *Juventud Española*, en *El Debate*; director de *Criterio*; profesor, luego secretario y por último director desde 1935 de la Escuela del Periodismo; director hoy de los Cursos de Periodismo de la Universidad de verano «Menéndez y Pelayo»; presidente de la Junta de Gobierno de la Editorial Católica...), mediante la que ha difundido su claro criterio, su sana visión de las cosas, año tras año.

Una antigua ilusión se ha hecho recientemente realidad: el

Colegio Mayor Universitario de San Pablo, cuyo Patronato preside, así como el Consejo redactor de su órgano docente, el Centro de Estudios Universitarios.

Donde quiera que ha estado Fernando Martín Sánchez ha sido un constante paladín de la Verdad, un esforzado defensor de la Justicia, un abnegado apóstol de la Caridad, un firme colaborador del bien común. ¿Cuántos hombres católicos y patriotas—dos cosas fundamentales que no excluyen modos diversos de orientar la solución a tantos complejos problemas— ha aportado y aportará aún a la vida pública española aquella batalladora Confederación de estudiantes católicos? ¿Cuántos ha dado y dará esta Asociación católica de propagandistas, con sus nacientes cuadros juveniles aflorando ilusión y entusiasmo apostólico? ¿Cuántos ese Colegio Mayor Universitario, de donde en tiempo cercano saldrán cálidas hornadas de hombres íntegros, sanos de corazón y de despierta inteligencia, anhelando ponerse al servicio de esta España católica y sufriente? ¿Cuántos buenos ciudadanos han bebido su civismo de buena ley de los labios y de la pluma de Martín Sánchez y de tantos y tantos españoles formados en esas instituciones, a las cuales ha de estar siempre ligado el nombre de este español, que, entregado a ellas pródigamente, las ha marcado con el sello de su indiscutible personalidad?

Sí; sobre la vida de Fernando Martín Sánchez-Juliá, ofrendada en incansable entrega a su fe y a su Patria, bien puede colocarse una cruz con la leyenda: «A la lealtad acrisolada». Porque grande ha sido su «celo y patriotismo, su desprendimiento, su valor.»



LOS LIBROS

NOTAS DE LIBROS

NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS

«THIS IS RUSSIA» (Esta es Rusia).—Por
STEVENS EDMUND.—Ed. Didier.—
New York, 1950.—200 págs.

Como el mismo título indica, trátase de un libro dedicado a estudiar la vida del pueblo ruso en sus más diversas manifestaciones y en sus relaciones con las naciones occidentales. Durante la pasada contienda y en los años que siguieron a la misma, el tema de la amistad ruso-americana volvió al primer plano de la actualidad, no sólo estadounidense, sino mundial, multiplicándose sin cesar los libros y artículos encaminados a ensalzar la misma y a dar a la opinión americana un cuadro equivocado del pueblo ruso y de la política seguida por sus dirigentes. Tal amistad data de los primeros tiempos de la República americana, en los que se forja la leyenda del interés de la Rusia zarista por el pueblo americano y sus problemas, demostrado palpablemente en distintas ocasiones, tales como la visita de una flota rusa a diversos puertos americanos para impedir a Inglaterra realizar determinados actos contra sus antiguas colonias en rebeldía. Este acontecimiento creó un verdadero mito en torno a Rusia y a la amistad entre ambos pueblos, aunque, al correr los años, se llegase a demostrar que tal visita no obedecía a interés y cariño hacia el pueblo americano, sino a necesidades propias y al temor de verse bloqueada en sus aguas por las escuadras francesa e inglesa.

Esta «tradicional amistad», que perduraba aún en los años si-

guientes a la última guerra, ha desaparecido con los acontecimientos de los pasados años, que han venido a demostrar las verdaderas intenciones soviéticas y sus apetencias de dominación mundial. El resultado de todo ello ha sido el que en Estados Unidos, al igual que en otras naciones, se desencadenase una violenta campaña destinada a poner de manifiesto los fines que persiguen los dirigentes del Kremlin, ciegamente decididos a imponer por la fuerza de las armas la ideología comunista. En esta línea podemos situar el presente libro, escrito por un corresponsal de guerra que ha vivido largos años en la Unión Soviética y perfectamente documentado sobre la materia. Sus juicios son imparciales y objetivos y nos descubren los distintos aspectos del comunismo y la intrincada estrategia de sus dirigentes, tendente a la dominación mundial. A través de sus diversos capítulos se estudian temas apasionantes de la hora actual: el papel de Stalin y la leyenda tejida en torno al mismo, amo y señor del pueblo ruso; las rivalidades existentes entre los hombres del Politburó; el problema de la clase campesina, que arrastra una existencia miserable, doblegada por el peso de los incontables impuestos que gravitan sobre la misma; los esfuerzos realizados por los comunistas para conseguir la fabricación en gran escala de la bomba atómica; el problema judío; el sistema de depuraciones masivas; la técnica de terror empleada en los procesos; la actitud hacia las potencias occidentales, etc.

En los últimos años, la hostilidad soviética hacia los occidentales y, de modo particular, los americanos, ha subido de tono. Diplomáticos y corresponsales extranjeros han sido y siguen siendo objeto de un espionaje implacable, estando controladas la mayor parte de sus actividades. Nada tiene, pues, de extraño el que, bajo esta atmósfera de terror, las posibilidades para escribir imparcialmente sobre la Rusia comunista se vean reducidas al mínimo, hecho por el cual el presente libro tiene una importancia mayor.

El personaje central de la escena rusa sigue siendo Stalin, sucesor de Lenin, quien, en tiempos de Zhdanov, se hallaba flanqueado a su derecha por Molotov y a la izquierda por Zhdanov. Cerca de Molotov se encontraba Malenkov, en tanto que al lado de Zhdanov aparecía Beria. La rivalidad existente entre Zhdanov y Malenkov era ya vieja y debida principalmente a temperamentos antitéticos antes que a divergencias de tipo político, habiendo dominado durante un cierto tiempo la política del Politburó,

cuyas figuras aparecen y desaparecen de modo sumamente extraño. El pueblo ruso, a falta de otras fuentes de conocimiento, sabe cuándo un personaje determinado está en desgracia o goza del poder del amo por la frecuencia, más o menos regular, con que su nombre y fotografías aparezcan en la prensa.

Todos los capítulos en que la obra está dividida tratan temas interesantes, destacando el relativo al llamado Parlamento soviético, que se considera como la encarnación máxima de las esencias democráticas, y en el que sus componentes, tras una serie interminable de discursos, aprueban por unanimidad lo que previamente les ha sido dictado de antemano. Una de sus principales funciones consiste en aprobar el presupuesto anual y gozar de las ventajas que el Gobierno ruso pone a su disposición. La clase dominante, integrada por una minoría comunista, vive profundamente separada del resto de la nación, existiendo en ello una diferencia mucho más acusada que en cualquiera de las naciones occidentales. Los dirigentes del Kremlin viven completamente aislados en sus fincas de recreo, inaccesibles sin un permiso especial y rodeados de una nutrida guardia protectora. Es una cruel paradoja; mas es lo cierto que en la Rusia comunista, la que intentó abolir las clases, un profundo abismo separa la clase dirigente de la gobernada, para la que existe el más completo desprecio.

Otro de los capítulos está dedicado a estudiar el problema de la industrialización del país a través de los sucesivos planes quinquenales, y del papel de Siberia, que se ha transformado en uno de los centros vitales, en la que destaca la cuenca del Kuznets. La propaganda soviética, tanto en el interior como en el exterior; las directrices del Partido, ciegamente seguidas por las distintas ramas de la ciencia y del arte, a las que se ha privado de toda personalidad; la posición de los diplomáticos y corresponsales extranjeros, etcétera, son otras tantas materias estudiadas en diversos capítulos.

La obra resulta de amena lectura, y el autor, que ha procurado mostrar un cuadro de la vida rusa en la actualidad, ha conseguido plenamente su propósito.

«STALIN & C.^o». — The Politburo. — The Men who run Russia. — Por WALTER DURANTY. — Willian Sloane Associates. — New-York, 1950. — 261 págs.

Trece hombres, capitaneados por Stalin, dirigen las actividades de la Rusia soviética; estos hombres constituyen el Politburó, el poderoso organismo que controla la vida del país y es el dueño absoluto de sus destinos. Por ello, para comprender el complicado engranaje de la máquina comunista, forzosamente hay que conocer a estos hombres, de cuyas decisiones depende, en una gran medida, el porvenir de la humanidad. El autor del presente libro, corresponsal del *New York Times*, en los albores del régimen bolchevique, ha pasado una gran parte de su vida en Rusia y es, por tanto, un perfecto conocedor del tema que trata. Según él, la vida rusa hay que comprenderla a través de las personas que componen el Politburó y, por ello, nos da en su obra una serie de biografías, magistralmente trazadas, de los personajes que hoy rigen los destinos de la Rusia comunista. Para conseguir sus fines ha tenido que realizar numerosas entrevistas con todos ellos, incluso con el omnipotente Stalin, verdadero rector de las actividades no sólo del Politburó, cuyos miembros le obedecen ciegamente, sino de todo el país.

Stalin y C.^o nos relata la historia de los hombres del Politburó como individuos y como formando parte de una unidad compacta y obediente a las órdenes de su amo Stalin. La vida de éste se nos aparece a través de los diversos capítulos que le dedica, desde aquellos primeros tiempos en que era un miembro desconocido del Partido hasta el momento actual en que es el dueño indiscutible de la Unión Soviética. La luchas de los primeros tiempos, la política seguida por Lenin, los principios de la Nueva Política Económica implantados por éste y acatados en virtud del enorme prestigio de que gozaba entre las masas, cosa que no hubiera sido posible de otro modo, puesto que la nueva política significaba el apelar al capital y a la iniciativa privados, y ello no encajaba dentro de los postulados de la revolución. En tiempos de Lenin, es el Comité Central del Partido Comunista el único rector de la vida del país, mas a su muerte, las actividades de este Organismo decaen paulatinamente y pasan a manos del recién creado Politburó. Este nace a la vida pública en mayo de 1917, por la necesidad entonces

sentida de una acción rápida y decisiva en momentos tan graves para el buen éxito de la revolución.

Lenin y Stalin se enfrentaron con diferentes problemas y les dieron una solución similar. El primero, trató por todos los medios de acabar con la oposición externa al Partido, implantando el tristemente famoso Terror Rojo. El segundo tuvo que luchar contra la oposición en el seno mismo del Partido, empleando como armas los procesos por traición y las depuraciones en masa. En tanto la victoria de Lenin determinó el establecimiento del régimen bolchevique sobre toda Rusia, el de Stalin tuvo como consecuencia la omnímoda autoridad desde entonces ejercida por Stalin y sus amigos los hombres del Politburó sobre el Partido Comunista y su Comité Central. Lenin no usó la fuerza física contra sus camaradas, cosa que Stalin no dudó en hacer con tal de imponer su voluntad.

El Comité Central del Partido Comunista se componía de 71 miembros, elegidos a principios de 1934. A finales de 1938 permanecían en activo tan sólo 21 miembros: tres de ellos habían muerto de muerte natural; otro, Kirov, fué asesinado; 36 desaparecieron misteriosamente de la vida pública; el mariscal Garmarnik se suicidó de modo realmente extraño, y nueve fueron ejecutados. En esta técnica de terror, la política seguida por Stalin se asemeja en mucho a la del dictador inglés Oliverio Cromwell, que acabó con el Parlamento en tiempos de su Gobierno revolucionario, al necesitar ejercer una autoridad absoluta y única, cosa poco factible con el control del Parlamento británico. Las depuraciones masivas llevadas a cabo por Stalin han puesto en sus manos el absoluto control del Comité Central del Partido Comunista y del Gobierno, gobernando como único dueño del Politburó, cuyos miembros han sido cuidadosamente elegidos y le son sumamente adictos.

Tras destacar la figura de Stalin, que ha llegado a convertirse en un verdadero símbolo para la Unión Soviética, el autor nos presenta los distintos personajes que integran el Politburó. Vemos así al orgulloso Molotov, la eminencia gris del Partido, sustituto de Litvinov en la Comisaría de Asuntos Exteriores e iniciador de una nueva política distinta a la anterior. Si Litvinov había sido partidario de la seguridad colectiva en la Sociedad de Naciones y gran amigo de las potencias occidentales, Molotov era profundamente contrario a cualquier alianza con los franceses e ingleses. La his-

toria de sus actividades como Comisario de Asuntos Exteriores llena los últimos años que van desde la guerra en 1939 hasta que fuera reemplazado por Vishinsky.

Otra figura preeminente en el Politburó es la del mariscal Voroshilov, el verdadero creador del Ejército rojo, a quien se debe en gran parte la mecanización y la nueva técnica militar impuesta al mismo, a fin de encontrar en sus filas la verdadera defensa del régimen comunista y controlando en todo momento sus actividades por los llamados comisarios políticos. Al crearse el cargo de mariscal en 1935, fué Voroshilov el primer nombrado para este cargo, abandonado desde los días en que Kutuzov derrotara a Napoleón. En junio de 1940 Voroshilov fué sustituido en su cargo de Comisario de Defensa por Timoschenko, y tras la capitulación de Hungría, en 1945, fué enviado a dicho país como miembro de la Comisión Aliada de Control.

Kaganovich se nos aparece como el comisario de la industria pesada; Andreiev, como el seguidor y conservador de la más pura ortodoxia dentro de la política seguida por el Partido; Zhdanov representa la misma tendencia, pero en el exterior; Mikoyan tiene a su cargo todo lo relativo a la industria y el comercio; Khrushchev es el dueño y señor absoluto de Ucrania; y de esta suerte se esbozan las vidas de estos miembros del Politburó, tan decisivos en la historia actual de la Unión Soviética. Los últimos capítulos están dedicados a tratar los temas del Politburó y el Ejército; el Politburó y la política internacional; las relaciones del Politburó con el comunismo mundial, y la posición actual y futura del Politburó.

En resumen, se trata de un libro altamente interesante, de amena lectura y de un gran valor para el especialista en problemas rusos que desee conocer al detalle la vida del poderoso organismo rector de la vida soviética y sus móviles políticos.

BRODIE-DAVIS-DU BOIS. — «South Asia
in the World Today». — Por PHILLIPS
TALBOT. — Chicago, 1950. — 254 págs.

88

Indudablemente el sudeste asiático se ha convertido en un tema apasionante de la política internacional norteamericana y son mu-



chas las obras y los artículos dedicados a tratarlo, con el objetivo principalísimo de dar a conocer a la opinión pública una idea, más o menos aproximada, de la verdadera situación en esta zona vital del Pacífico y de los intereses en juego. En esta línea podemos situar el presente libro, debido a la pluma de diversos especialistas que, por haber pasado largos años en estos parajes, conocen a fondo el problema estudiado y nos dan así una imagen objetiva e imparcial de los principales movimientos que operan en el sudeste asiático, que, desde la India a las Filipinas, se han convertido, de la noche a la mañana, en uno de los sectores de mayor fricción del mundo contemporáneo.

Se trata, pues, de una serie de artículos en los que se hace un análisis de las fuerzas surgidas en estos territorios y de los problemas que sus dirigentes, así como los de las potencias occidentales, deben resolver. El nacionalismo, la independencia política, la propaganda comunista, los problemas demográficos y la lucha en pro del progreso económico y político, una vez rotos los lazos coloniales, son las principales cuestiones que afectan al sudeste asiático, asiento de antiguas civilizaciones y culturas, gran productor de artículos tropicales y un excelente mercado para las naciones industrializadas del Occidente.

Durante los últimos años el sudeste asiático ha experimentado profundas convulsiones cuyas consecuencias afectan igualmente al mundo exterior. Políticamente, el choque de los nacionalismos incipientes con las potencias colonialistas unido a la retirada americana de las Filipinas, ha dado por resultado la independencia de cinco países y la lucha por conseguirla en otros dos. Las riendas del Poder han pasado de manos occidentales a las de los dirigentes indígenas, y ello ha transformado por completo la posición del sudeste asiático en el que los cambios económicos y sociales han sido sumamente profundos. La producción de tipo colonial y tropical, tan laboriosamente creada por los occidentales, ha sufrido graves choques, y ello plantea diversos problemas. En primer lugar, podrán los nacientes nacionalismos hacer frente a la tarea que les espera, o, por el contrario, ¿serán tan grandes las dificultades que la ola comunista los arrastre a todos por igual?

¿Cuál ha de ser la posición futura del sudeste asiático, una especie de fuerza neutral entre los dos imperialismos en lucha por la dominación del mundo, tal como ha sido preconizado por Nehru

y Rómulo? ¿Afectará esta posición a la comunidad atlántica y a la política norteamericana en particular? Estos y otros problemas de no menor importancia han sido tratados en las conferencias de la Institución Harris, en las que se ha llegado a definir el sudeste asiático como el cinturón de países que se extiende desde el Pakistán hasta las islas Filipinas y que son, la India, el Pakistán, Ceilán, Birmania, Siam, Indochina, Malasia, Indonesia y Filipinas.

La obra está dividida en cinco partes; en la primera de las cuales se hace un estudio de la situación en general, y particularmente referida a Birmania, exponiéndose las proporciones del problema asiático en el mundo actual. En la parte segunda, los especialistas abordan los aspectos cultural y social y nos presentan temas altamente sugestivos. ¿Cuáles son las razas que pueblan estos países? ¿Habrán de sentirse compactamente unidos por los vínculos de su religión, lengua, sentimiento nacionalista y sus mutuas aspiraciones, o, por el contrario, estas fuerzas que pudiéramos llamar básicas, habrán de servir para separarlos y llevarlos a una guerra entre hermanos que habría de servir los designios del comunismo internacional?

La parte tercera está dedicada a las ramificaciones económicas resultantes de las aspiraciones nacionalistas del sudeste asiático. En esta parte se nos da una visión de conjunto de las fuerzas que operan en esta zona y de las posibilidades del Comunismo que quiere aparecer como el único remedio a los males que hoy aquejan a los asiáticos. Se examina a su vez la posición especial de la India y el Pakistán, dotados de grandes recursos y con un futuro brillante, si la amistad necesaria a ambos pueblos no se viera empañada por rivalidades y problemas, como el relativo a Cachemira, que desde hace años es motivo de discordia perenne y obliga a los dos Estados a un despliegue formidable de fuerzas y a una elevación excesiva de su presupuesto militar, con abandono casi total de otras esferas más útiles y necesarias al desenvolvimiento económico del país. Vemos en esta parte un cuadro de los recursos y posibilidades económicas del sudeste asiático y los planes para la industrialización de los distintos países que lo integran.

Los contornos políticos son abordados en la parte cuarta, afirmandose la necesidad imperiosa de una unión entre los países anticomunistas a fin de resistir las presiones del Kremlin y de la China de Mao-Tse-Tung. Se estudian los diversos problemas que

afectan a estos territorios del Pacífico, sobre todo a partir de su independencia y se hace un somero examen de las actividades y de la política comunista, factor decisivo para el futuro y progreso de todos sus pueblos.

Por último, la parte quinta va dedicada a hacer un estudio de la política norteamericana y de los fines por ésta perseguidos en esta zona de fricción. Norteamérica quizás esté llamada a desempeñar un papel de primerísima importancia, si tiene una política hábil, sustituyendo a las antiguas potencias colonialistas y abriendo a sus mercados posibilidades de expansión ciertamente formidables.

En resumen: se trata de una obra de verdadero interés para conocer los problemas candentes del sudeste asiático y de las fuerzas que actúan en el mismo, sus antagonismos y las luchas entre los movimientos nacionalistas y los de tipo comunistas orientados por Moscú. Un libro, en suma, particularmente ameno y necesario al especialista en cuestiones orientales.

«KOREA TODAY». — Por GEORGE
M. McCUNE. — Harvard University
Press Cambridge, 1950. — 372 págs.

Corea, víctima durante mucho tiempo del imperialismo japonés, se ha convertido en el campo de batalla donde las fuerzas de las Naciones Unidas luchan contra los comunistas, alentados y magníficamente dotados de material por los dirigentes del Kremlin. Es ésta una lucha sin cuartel, en la que se ventila, no sólo el porvenir del pueblo coreano y de toda Asia, sino también del mundo entero, por las posibles repercusiones que el resultado de la contienda pudiera tener. Al propio tiempo el país se halla dividido en dos zonas de influencia, separadas por una barrera del todo artificial, el famoso paralelo 38, a cuyos lados se encuentran dos Gobiernos, el del Norte y el del Sur, que pretenden la soberanía sobre la totalidad del país; mas estos Gobiernos no tienen una política propia ni disponen de los recursos necesarios para luchar por sí solos, sino que, por el contrario, se encuentran sometidos a las presiones extranjeras, Rusia y Estados Unidos, que les dictan

la política a seguir en cada momento. ¡Triste destino el del pueblo coreano, que de esta forma ve desaparecer a sus hombres y mujeres y se siente hundido en la más espantosa de las tragedias!

Los orígenes de la presente situación quizá haya que buscarlos en la Declaración del Cairo, en la que se afirmaba que el país coreano sería libre e independiente en el momento en que se considerase necesario a juicio de las potencias firmantes de la misma, Estados Unidos, Gran Bretaña y China. Más tarde tal Declaración fué reafirmada en la Conferencia de Potsdam, el 26 de julio de 1945, a la que se adhirió la Rusia soviética el 8 de agosto del mismo año. El paralelo 38 fué elegido a fin de separar las fuerzas japonesas que habrían de rendir sus armas a los rusos de aquellas otras que habrían de entregarse a los americanos. Se trataba de una decisión de tipo militar, quizá impuesta por las propias circunstancias del momento y de carácter transitorio; mas al correr del tiempo tal línea se convirtió en una verdadera frontera que separaba las dos zonas de ocupación que dividían el país, dos esferas de influencia con métodos de control totalmente opuestos y dos Gobiernos sometidos a las órdenes de sus respectivos dueños. La zona soviética o del Norte, con unas 48.300 millas cuadradas y unos nueve millones de habitantes; la del Sur o americana, con unas 37.000 millas cuadradas de extensión y unos veinte millones de habitantes.

El júbilo con que los habitantes de ambas zonas recibieron a sus liberadores desapareció bien pronto, al contemplar la amarga suerte que esperaba al país y ver que la ocupación se mantenía a pesar de las promesas hechas y que los antagonismos y rivalidades existentes entre las mismas amenazaban con degenerar en una guerra civil entre hermanos, alimentada por las potencias ocupantes, como ha resultado en efecto. Por uno de los avatares del destino, fueron los Estados Unidos la primera potencia occidental a la que el pueblo coreano abrió sus puertas, saliendo así del aislamiento medieval en que durante siglos y siglos había vivido. En 1882 los Estados Unidos celebraron su primer tratado de amistad y de comercio y fueron constantemente favorecidos por el pueblo de Corea, que los consideraba como amigos en unos momentos en que el país se hallaba sometido a las incesantes presiones de China y del Japón, por un lado, y Rusia e Inglaterra, del otro. Pronto quedaron frente a frente el Japón y los Estados Unidos,

hasta que a finales de 1905, y por decisión del entonces presidente Roosevelt, cesó la oposición contra los nipones, y éstos quedaron como únicos dueños, si bien con la enemiga de los propios coreanos, que se vieron imposibilitados de impedir la anexión pura y simple del país, ocurrida en 1910.

En la década 1895-1905, la diplomacia occidental consiguió aumentar grandemente su influencia en el país: se construyeron ferrocarriles, carreteras, se explotaron las minas y se abrieron nuevas rutas al comercio. Por esta época, los intereses rusos en Corea, unidos a su expansión imperialista en Manchuria, hubieron de chocar con las ambiciones niponas, y ello dió origen a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que acabó con la influencia rusa en aquellos parajes al par que con la independencia del país coreano. En la época de transición que va desde los tiempos de la monarquía tradicional a la Era moderna, pueden señalarse tres fuerzas importantes que dominan la escena política de Corea: en primer lugar, los fuertes lazos históricos y culturales que unen a sus habitantes entre sí, llegando a formar un bloque compacto, tenazmente opuesto a todo intento de invasión extranjera; en segundo lugar, el extremado conservadurismo y sistema de facciones en la estructura política y social del país, que impedían todo ensayo de reforma; por último, los lazos que le ligaban a China, y que eran considerados más bien como salvaguardia de su independencia que como un atentado a su soberanía. Estas tres fuerzas constituían las características dominantes de la política coreana antes de la anexión nipona.

El Tratado de Portsmouth de 1905, que puso fin a la guerra ruso-japonesa, con la aquiescencia de la Gran Bretaña, al renovar la antigua amistad anglo-nipona en 1905, y de los Estados Unidos, mediante la política seguida por Teodoro Roosevelt, dejaron a los japoneses dueños absolutos de la península. En los años subsiguientes el Japón asumió el control de la política internacional coreana, estableció un residente general en Seul, forzó al Emperador a abdicar en favor de su hijo, y, por último, en 1910, se anexionó el país. Antes del ataque japonés al Puerto de las Perlas, la posición internacional de Corea se hallaba claramente delimitada: era una colonia del Japón, y nadie osaba contradecir tal aserto, hasta que al terminar la guerra del Pacífico con la rendición nipona, el país quedó dividido en la forma anteriormente

expuesta y ha sufrido y sigue sufriendo los horrores de una guerra que nunca provocó.

El libro constituye un estudio sumamente documentado de los distintos aspectos de la vida del país: político, económico, agrícola e industrial, terminando con una visión acerca del posible futuro en los aspectos económico y político e insertando una serie de documentos relativos a la política exterior coreana.

**"ALFONSO V DE ARAGON EN ITALIA Y
LA CRISIS RELIGIOSA DEL SIGLO XV",**

por JOSE AMETLLER.—Tres tomos
en 4.º mayor, 541, 700 y 864 págs.

La figura de Don Alfonso V, el Magnánimo, es una de las más memorables de la historia aragonesa y se encuentra en la actualidad casi abandonada, a pesar de su indudable interés no por lo aragonés, sino también por lo hispánico. Alfonso V fué de hecho quien gobernó en Navarra, por el matrimonio de uno de sus hijos, el futuro rey Juan II, con Doña Blanca de Navarra, y también por haber, en repetidas ocasiones, descartado la influencia de D. Alvaro de Luna y gobernado de hecho en Castilla por medio de los famosos infantes de Aragón, contados en la rimas musicales de Jorge Manrique.

Esta biografía es detenida, cuidada y meticulosa y se encuentra en todo momento a gran altura técnica, sobre todo en la narración militar de batallas en que intervenía y entraba en lid la espada siempre invicta del magnánimo Alfonso. La obra contiene interesantísimas páginas de la historia, que contiene luminosas enseñanzas militares, tal como, por ejemplo, la batalla de Bonifacio, en que los itálicos genoveses impiden la entrada en la plaza, por medio de navíos unidos por vigas y cuerdas, a un barco principal, al que un intrépido soldado aragonés, buceando por el mar, rompe las amarras, haciendo retroceder al navío principal genovés, aunque luego retroceden los aragoneses ante dos burletes cargados de pólvora echados contra su escuadra; como la acción de Santa María de Capua, donde Daccio, general de Alfonso el Magnánimo, derrota a la caballería enemiga, y su ejército se refugia en una

torre, y con pretexto de capitular hacen asomarse al jefe militar italiano a una torre, dando tiempo a que le atraviere una flecha disparada por un balletero aragonés. La batalla de Capua, ganada gracias al rodeo de la caballería aragonesa, y el sitio de Nápoles, en que los aragoneses se suben a las murallas de noche, trepando por una vid; pero a la mañana el pueblo se sube a los tejados y arroja muchas flechas contra los aragoneses, que se retiran derrotados.

El asedio a Ischa, en que desde la escuadra desembarcan en la playa, atracando los españoles por cuerdas a rocas talladas a pico, y Alfonso V desde una barca; pero le acompañan muchos caballeros, y un tiro de bombardas la hace naufragar, no pudiendo nadar por llevar armadura, hasta que es salvado por sus tropas.

El asalto a Marsella, defendida por naves al amparo de torres; pero Alfonso V desembarca, pone fuego a las puertas de las torres y la ocupa, a pesar de ser apagado el fuego milagrosamente varias veces por la lluvia; se apoderan de una balandra los aragoneses, y desde ella los balleteros disparan contra una torre, de la que se apoderan de noche, y prenden fuego a la ciudad; luego le disputa otro combate por impedir el paso del río, en que los italianos colocan una nave en el agua y sobre ella ponen balleteros; pero al ser herido su caudillo desatan el asedio a Nápoles, en el que tanto papel juegan cañones, falconetes y bombardas; luego, en cambio, en Aquila, en que la caballería envuelve al adversario; pero al llamar a la infantería, ésta no oye, por el viento, ni se acerca a la batalla por no ver con el polvo, y llega tarde a la acción. El combate de Sestri en que los aragoneses ocupan una colina con los genoveses de poca confianza, llevando muchos estandartes y los lanzan contra ellos creyendo ser fuerzas superiores, pero desguarnecen otros puntos, por donde penetran aragoneses y la ciudad se prendió fuego por las tropas de Alfonso V. El asalto de Gelves, un día de la Asunción de la Virgen, en que las naves aragonesas se ven obstaculizadas por los escollos consistentes en grandes piedras echadas al río por los moros, para que encallen naves, pero los aragoneses ponen un puente de nave en nave y saltan de noche a tierra; los moros se defienden en una empalizada, pero es deshecha a pedazos por el fuego artillero de falconetes y bombardas. La batalla de Capua, en que los aragoneses, fingiendo miedo, las avanzadillas se retiran a la ciudad, les sigue el enemigo, pero de improviso sale de su escondite en los muros de la ciudad

y derrotan a los napolitanos. Más tarde, el asedio a Gaeta, en él ponen fuego a las bombardas, abren brecha en las murallas, que son asaltadas durante la noche, pero aparece la escuadra genovesa, que es batida por la metralla de los cañones, mientras los asaltantes son rechazados de las murallas. Y la famosa batalla de las Islas de Ponza, en que los genoveses acometen la nave de Alfonso V, en la pelea viran y la destrozan la popa, prosigue la batalla y los genoveses muestran ventaja como ballesteros y los aragoneses como artilleros, asaltan la proa de la nave y Alfonso V se mete en el castillo de popa, hasta que su nave es abandonada ante una brecha hecha con la proa por otra nave enemiga. En Capua derrota a los napolitanos en una sorpresa, luego asedian Nápoles, un infante hace bombardear a cañonazos el Convento de la Virgen del Carmen y una bala de la artillería hiere al infante, hasta que, al fin, reblandecida la muralla por la lluvia, las fortificaciones se derrumban, luego toman con escalas los muros de Bolonia, asaltan más tarde el castillo nuevo de Nápoles, desde naves, pero un cañón situado en el castillo destroza la nave de una galera y entonces incendian la puerta del castillo y finalmente ocupan la torre de Nola y asaltan las murallas por medio de escalas, desviando los dardos de los sitiados por medio de ingenios artificiosos, venciendo una sorpresa nocturna en Turrafa, estando enfermo Alfonso.

Luego tiene lugar el asedio a Troya, es arruinada la muralla, pero los sitiados hacen una salida y Alfonso V rodea a los contrarios con dos escuadrones de caballería, situados en la llanura, en Monte Chiaro vencen por sorpresa y en Nápoles encuentran dos acueductos, especie de dos galerías subterráneas, prometen ayudar las mujeres y los frailes y los aragoneses penetran por la galería en la ciudad. En Corpenone pasan el río las escuadras, pero Alfonso V vence por mayor número al estar entretenidos los napolitanos con la impedimenta, esto no impide que en la batalla naval de Siracusa sean quemadas las naves aragonesas; las naves, llevadas por una tempestad, llegan a las costas del Epiro y huyen al encontrarse unas naves creyéndolas enemigas y resultan ser aragonesas de Villen. La conquista de Constantinopla, los turcos obligan a dejar las guerras italianas y aprietan de nuevo el peligro ya ayuda de Alfonso V a Constantinopla no es efectiva, por ser batida la escuadra aragonesa por dos grandes cañones colocados por Mohamet II sobre ambos lados del Estrecho del Bósforo; sin embargo, todavía se registran algunos combates, el naval dado contra

Villamari, en que los sitiados de la plaza hacen una salida y rechazan y se meten en una galería, desconocida por los sitiadores, que conduce al castillo; éstos les persiguen hasta las mismas murallas, pero se encuentran, de pronto, atacados de frente por la guarnición de la muralla y de espaldas por las tropas de la incógnita galería subterránea; y, finalmente, el asedio a Génova, en que los barcos, unidos por cadenas y por vigas, impiden entrara la escuadra aragonesa.

Hechos todos que hacen digna del mayor interés esta gesta, digna y ciertamente de una gigantesca epopeya histórica.

"CARACTERISTICAS FISIOGRAFICO-GEOLÓGICAS DEL ANTIGUO SEÑORIO DE MOLINA",

por JOSE SANZ DIAZ.—Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.—Madrid.

Este estudio de los fenómenos de índole geológica desarrollados a través de los tiempos, con su evolución más o menos apreciable en la comarca de Molina de Aragón, ha requerido la atención científica y pacientemente investigadora del escritor Sanz y Díaz, con predilecciones y vocación. Porque el autor, hijo de aquellas tierras señoriales, ha querido plasmar en esta obra, abundantemente autorizada con documentación sólida, características y realidades objetivas con docente criterio y brillante descripción didáctica y vulgarizadora de alta calidad.

Palmo a palmo desfila el accidente del terreno, la clasificación de éste, sus composiciones y sus internas estructuraciones, acreditando al redactor de la monografía como consumado edafólogo y estudioso valorador de aquella su zona nativa en este orden de conocimientos.

Prehistoria, topografía y geografía en general complementan con sus matices alumbradores la explicativa índole del trabajo, que logra alcanzar amenidad literaria por una cuidadosa interposición de citas descriptivas, que descubren bellezas panorámicas y pictóricos aspectos de los gratos parajes estudiados, tan ricos, por cierto, en color como en historia.

La sistemática exposición del desenvolvimiento geológico en los

distintos períodos y una completa ilustración fotográfica, de tan útil y conveniente intercalo en estas apretadas páginas de un tema que no permite desviaciones en aras de una amenidad artificiosa, brindan fácil método de comprensión y aprovechamiento para el consultante y aun para el profano lector, que divisa ese mundo municioso, aunque tan vasto, de los terrenos en sí.

Mil plácemes merece el escritor y geólogo, que ha logrado verter áridos y específicos conceptos en una visión conjunta de ciencia y viva animación de factores literarios en lo narrativo sobre el fondo de un accidentado paisaje de España, y con ello se acredita y prestigia, una vez más, como laborioso en la aportación de conocimientos propios a la tarea cultural patria.

"CAPULLOS EN FLOR", por Fr. JUAN
BAUTISTA GOMIS.—Prólogo de José
María Pemán.—Madrid.

La poesía mística vierte raudales luminosos de doctrina, siempre antigua y siempre nueva —diremos con paráfrasis agustiniana—, en un centenar de páginas bien distribuídas para jugosos sabores del espíritu en este pequeño libro del P. Gomis.

Fuertes influencias de la más clásica fuente literaria de las enardecidas lirás del XVI personifican en esta obra elevaciones de corazón y mente a través de glosas, imágenes y versificación sencilla y cuidadosa.

Los más puros matices como terreno propicio para el descanso de una constante belleza descriptiva de emociones y virtudes cualifican este volumen como positiva aportación al resurgimiento y germinación de una Escuela lírica de acentos dulces y graves a un tiempo.

No nos resistimos a trasladar aquí juicios de autor y prologuista como las mejores definiciones intrínsecas de esta obrita cordial y afectiva:

«Capullos en Flor» —dice el P. Gomis— son o quieren ser lo que su nombre indica: ideas, pensamientos, suspiros, congojas, anhelos, dolores y gozos, angustias y ensueños, con otras vivencias espirituales que no tienen nombre, pero sí realidad en el pecho.»

«He pretendido —agrega— que la envoltura fuese poética, como

la envoltura de las flores, porque así como la indumentaria bella embellece a la persona, la forma bella embellece y hace más agradable la idea o el pensamiento, y con mayor facilidad se infiltra y graba en el pecho.»

Por su parte, Pemán dice: «Su poesía no tiene la andadura dialéctica del pensamiento, ni tampoco el chisporroteo incongruente de la pura intuición sin sentido de que ahora se abusa. Su poesía corre por una línea media, que es por la que corre la vida plena: pensamiento, emoción, sueño, amor. Tiene su poesía la lógica «congruente», rota, del *Libro del Amigo*, de Ramón Lull». Y como «el mundo anda ahora —según el ilustre académico— a vueltas con eso del «existencialismo», pregunta: «¿Qué «existencialismo» más puro que ese de usted, Fray Juan, que, al margen de su tarea de fraile sabio, entrega lo más hondo de su vida en cantares breves y fragmentados como suspiros; como el propio jadeo de la vida en marcha?»

Unos dibujos del artista Ignacio Pinazo, tan maestro con el lápiz como con el cincel, completan el libro, grato y solazante, de retentiva fácil, que atesora versos tan cálidos y sentidos, cuanto profundos y meditativos, unas veces como un *Kempis*, otras como un *Cantar de los Cantares*.

“ANTOLOGIA ESPIRITUAL DE SAN ANTONIO

DE PADUA”, por el P. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. — Editorial Vilamala. — Barcelona.

La primera versión antológica en castellano de las obras del Doctor Evangélico es esta que nos ofrece su hermano de hábito, el P. Gomis, bien conocido como escritor prosista y poeta, del que ya hemos comentado alguna obra en estas mismas páginas.

La devoción a San Antonio, extendida y difundida por todo el mundo, se brinda en nuestra patria con bien explicable predilección, continuidad histórica e incuestionable realidad, no superada por ningún país, ni siquiera por el que fué cuna del Taumaturgo, Portugal, ni por el que fué suyo adoptivo, Italia. Sin embargo, existiendo alguna que otra traducción de la obra del Santo, designado por el Magisterio infalible de Roma Doctor de la Iglesia, no había ninguna versión española, y este vacío viene a llenar el

laudabilísimo trabajo que comentamos, bien ajustado con notas y citas, y complementado con bellas páginas de semblanza biográfico-crítica de la íntima doctrina que brota, tanto del carácter de la santidad antoniana, cuanto de las tesis del Santo, para adentrar al lector en el espíritu de la obra, enmarcada por el comentarista en una amplia visión española.

Toda esta antología desparrama un encantador aroma de campo en la comparanza ingenua, sencilla y lozana, en la narración deleitosa y convincente.

Esta clase de estudios rebasa, en los términos en que aparecen servidos por el ilustre investigador franciscano, el ámbito piadoso, circunscritamente religioso, para constituirse en nota de profunda vibración bibliográfica en nuestros días de búsqueda —muchas veces, sólo aparatosa— de fuentes, de pristina producción y de valoraciones literarias insólitas.

La rigurosa actualidad del reciente Doctorado antoniano y las razones apuntadas auguran espléndido éxito a este libro, que ha sido escrito con un hondo y responsable sentido de adecuación y respeto léxicográfico a la directa expresión primitiva, dando de lado a giros ultracontemporáneos que en el neologismo obscuro de su estructura pudieran empañar la gracia sin par de la sobriedad rigurosa de aquel medieval estilo, muy emparentado con lo clásico, y, a la vez, rico en un exorno descriptivo de bucólicos acentos.

Párrafos galanos éstos, de una literatura autorizada por santidad, doctrina y castizo castellanismo, a través de una pluma levantina que se ha violentado en aras de una escrupulosa sujeción al texto original.

Tales esencias y circunstancias se dan en este libro, que no es uno más en el panorama literario de hoy.

**"EL COMPOSITOR IRIARTE Y EL CULTIVO
ESPAÑOL DEL MELÓLOGO (melodrama)",
II volumen, por JOSÉ SUBIRÁ.—
Consejo Superior de Investigaciones
Científicas.**

La materia iniciada con tanto éxito en el primer volumen se continúa en éste, comprensivo de una tesis más uniforme y monográfica, pues mientras en aquél se abordan definiciones de conceptos,

historia y aspectos trascendentes, como la repercusión melológica en el mundo de la composición y creación musicales; el tema biográfico de Tomás de Iriarte, y el examen analítico de los melólogos de letra castellana, en éste se estudian al por menor los matices, carácter, motivos y clasificación musicográfica de muchas obras de melólogo, destacándose en este recuento de valoraciones la sinopsis de la producción melológica castellana.

Estudios tan escrupulosos y completos acerca de los pilares fundacionales de nuestro Teatro, con la fuerte prosapia clásica del cenit del período creador, con muy precisos en toda etapa constructiva hacia una renovación de métodos o iniciación de innovaciones justificadas, así que estos puntales sólidos en la vida cultural de la Música, orientada en un sentido aportador de nuevas rutas, constituyen plausibles avances, no fósiles e inoperantes exhumaciones.

La erudición abre con esta obra campo feraz para la mejor labor de servicio a la elevación de la Música teatral y la viva presencia de las tradiciones temáticas y compositivas, ya que en ambos volúmenes, sobre todo en éste que comentamos, se patentizan cualidades comunes y se registran vinculaciones entre lo producido en distintas épocas más o menos encasillables en el concepto de «clásicas», entre el acervo vario de la Música y el Teatro españoles.

Por todo ello, merece este segundo volumen de la obra de don José Subirá el aplauso sincero de críticos y lectores.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 18 de abril de 1951
por la que se convoca el Premio Nacional de Literatura "José Antonio Primo de Rivera" del presente año.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo dispuesto en la Orden del Ministerio de la Gobernación de 25 de mayo de 1940 (*Boletín Oficial del Estado* núm. 153, de 30 del mismo mes), que instituyó anualmente los Premios Nacionales de Literatura «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera», por la presente se convoca el concurso correspondiente al Premio Nacional «José Antonio Primo de Rivera», y

En su virtud,

Este Ministerio de Educación Nacional dispone lo siguiente:

Primero.—El concurso correspondiente al Premio Nacional de Literatura «José Antonio Primo de Rivera» será tramitado por la Dirección General de Propaganda.

Segundo.—El premio establecido se concederá, a juicio del Jurado, al mejor libro de poesías.

Tercero.—Los libros que se presenten al referido premio serán por duplicado, acompañados de las instancias de los solicitantes, dirigidas a la Dirección General de Propaganda, Sección de Asuntos Generales.

Cuarto.—Las referidas obras deberán haberse editado en castellano, en España o cualquier país de habla española, en el período de tiempo comprendido entre el día 1 de enero al 30 de septiembre del corriente año.

Quinto.—El plazo de admisión de libros a este concurso comprenderá desde el día de la publicación de esta Orden en el *Boletín Oficial del Estado* hasta el día 1 de octubre próximo, a las veinticuatro horas.

Sexto.—La cuantía del Premio Nacional de Literatura «José An-

tonio Primo de Rivera» será de 25.000 pesetas.

Séptimo.—La concesión de este premio deberá hacerse antes del día 31 de diciembre próximo, otorgándose en su integridad, no pudiendo dividirse.

Octavo.—En su día se harán públicos, por nueva Orden ministerial, los nombres de los señores que constituirán el Jurado calificador, que propondrá a este

Ministerio el libro al que deberá otorgársele el ofrecido premio.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 18 de abril de 1951.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

